



Enrique Gaspar

Los niños grandes

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Enrique Gaspar

Los niños grandes

Comedia en tres actos

PERSONAJES ACTORES

GUADALUPE
LA CONDESA
LUISA
ROSITA
NIÑA 1ª
NIÑA 2ª
SEÑORA 1ª
SEÑORA 2ª
SEÑORA 3ª
SEÑORA 4ª
FELIPE
LEÓN
GONZÁLEZ
EL CONDE
ZACARÍAS
RAMONCITO
ADOLFITO
NIÑO 1º
NIÑO 2º
CABALLERO 1º
CABALLERO 2º
CABALLERO 3º
UN CRIADO
Señoras, Caballeros y criados

AL SEÑOR D. LUIS MOLINI.

Muy señor mío y amigo: Pequeña es la ofrenda para la gran deuda de gratitud que tengo contraída con usted; pero así y todo le suplico que la acepte como la expresión de mi reconocimiento y de mi amistad.

Enrique Gaspar

Acto primero

Un elegante gabinete de confianza en casa de FELIPE.

Escena I

FELIPE y GUADALUPE.

FELIPE. -¿Aún no han traído al chico del colegio?

GUADALUPE. -No, pero pronto le traerán, porque hace más de una hora que mandé por él.

FELIPE. -Se habrá entretenido jugando con su amigo Adolfo. No he visto cariño más acendrado que el que los dos se profesan: parecen Píldas y Orestes.

GUADALUPE. -Nuestro Ramón le quiere con idolatría.

FELIPE. -La verdad es que Adolfito es un muchacho muy juicioso; de mucho talento y con una aplicación nada común en su edad.

GUADALUPE. -¿Creo que es él quien toma las lecciones a los demás niños?

FELIPE. -Sí, es tomador de una de las secciones; me parece que de la de Ramón.

GUADALUPE. -Justo, porque me ha dicho que Adolfo le había puesto bien todos los días, y que con las notas de hoy, que también serían buenas, se llevaría una de las medallas de fin de mes.

FELIPE. -¡Vamos! Pues eso explica su tardanza: estará saboreando el triunfo. Siento con todo que le hagan objeto de ninguna distinción.

GUADALUPE. -Y ¿por qué?

FELIPE. -Porque no las merece. El otro, llevado de su amistad, habrá hecho la vista gorda al tomarle las lecciones sin calcular que con ello más le perjudica que le favorece.

GUADALUPE. -¡Hombre, no!

FELIPE. -¡Mujer, sí! Nuestro hijo tiene muy poquita inteligencia, pero en cambio es muy desaplicado.

GUADALUPE. -Calla, calla, Felipe; eres lo más exigente... ¿Qué problemas quieres que te resuelva el chico a los ocho años?

FELIPE. -A los ocho años se es casi un hombre.

GUADALUPE. -Sí, un padre de familia.

FELIPE. -Tanto no diré; pero a su edad ya fumaba yo.

GUADALUPE. -Lo creo.

FELIPE. -Y sobre todo, que bastante mal criado está con nuestros mimos, y no me haría gracia que me lo engriesen.

GUADALUPE. -Al contrario, eso le estimulará.

FELIPE. -Mire usted qué saca con llevar ahí un colgajo que no ha merecido...

GUADALUPE. -Lo que sacáis los hombres colgándoos una cruz para tapar muchas veces vuestras miserias.

FELIPE. -Eso sabes que no reza conmigo, porque no tengo ninguna.

GUADALUPE. -¡Bastante lo sientes!

FELIPE. -Lo siento... lo siento... porque vivimos en un país donde el trabajo se queda siempre sin recompensa. He presentado al Museo Arqueológico una colección de etruscos acompañada de una eruditísima memoria, y ni las gracias se me han dado.

GUADALUPE. -Desengáñate, al hombre, que, lleva una distinción nadie le pregunta el origen; pero todos le rinden acatamiento.

FELIPE. -Pues lo que es yo, Guadalupe, sin haberla merecido...

GUADALUPE. -¡No me vengas con hipocresías! Ya te juzgas acreedor a una condecoración por un donativo de cacharros que compraste a un alfarero de Tarragona por veinticinco reales y que quieres hacer pasar como producto de excavaciones hechas en Reina.

FELIPE. -Porque de tal procedencia las creo, según lo consigno en la memoria. ¡Y la memoria! vamos a ver, ¿también crees que se la he comprado a un alfarero?

GUADALUPE. -Lo que yo te digo, es que todos tenemos nuestra dosis de vanidad, y que a nadie le gusta que los demás le pongan el pie encima. Sobre todo, las mujeres nos pagamos mucho de las exterioridades.

FELIPE. -(¡Sin duda por eso está Luisa tan desdeñosa conmigo!...) No, si a mí me seduce, ya lo creo; se le mira a uno con más consideración, y...

GUADALUPE. -Ahora, por ejemplo; estamos invitados para el baile de niños que da el jueves ese banquero amigo nuestro. Mr. Lambert; pues maldito si tengo ganas de asistir.

FELIPE. -Pero hay que llevar a Ramoncito...

GUADALUPE. -Me parece que le llevarás tú.

FELIPE. -¡Mujer! ¡mujer!...

GUADALUPE. -¡Qué quieres! No lo puedo remediar. Cuando entro en ese salón se me cae la cara de vergüenza al ver que todas las señoras, excepto yo, tienen a sus maridos condecorados.

FELIPE. -No, pues mira, eso... eso... no es tan denigrante como tú crees...

Escena II

DICHOS y RAMONCITO, que muy cariacontecido avanza desde el foro con mucha lentitud.

RAMONCITO. -Buenas tardes.

GUADALUPE. -¡Ah! El niño.

FELIPE. -¿Qué es eso, hombre? ¿Qué traes que vienes tan mustio?

RAMONCITO. -Nada.

GUADALUPE. -Pero, hijo, tú que siempre entras saltando... ¿Qué ha sucedido?

RAMONCITO. -Nada.

GUADALUPE. -¿Te han pegado en el colegio?

RAMONCITO. -No.

FELIPE. -Pero, hombre, habla; no seas cernícalo.

GUADALUPE. -Déjale que no lo diga; con no llevarlo el jueves al baile está todo concluido.

RAMONCITO. -Tampoco quiero yo ir.

FELIPE. -¿Estás malo?

RAMONCITO. - Sí.

GUADALUPE. -¿Qué te duele?

RAMONCITO. -Nada.

FELIPE. -Le arrimaba un cachete de más buena gana...

GUADALUPE. -(A FELIPE.) ¡Deja, hombre! (Al niño.) ¿Quieres que mandemos por Adolfo para que juguéis los dos?

RAMONCITO. -No, ya no me junto con él.

GUADALUPE. -¡Cómo!

FELIPE. -¿Con tu amigo predilecto?

RAMONCITO. -(Estallando.) ¡Es un pillo!

FELIPE y GUADALUPE. -¡Muchacho!

RAMONCITO. -(Muy de prisa.) Sí, Señor, es un pillo, es un pillo, es un pillo...

FELIPE. -¡Pero eso es una inconsecuencia muy grande! Esta mañana no había más Dios para ti que Adolfo y ahora le llenas de improperios.

RAMONCITO. -¡Roñoso! Después que todos los días le llevo la batata en dulce que me dais de postre para que me ponga bien.

FELIPE. -Ya vamos sacando el hilo.

GUADALUPE. -Pues ¿no estabas tan contento con tu tomador?

RAMONCITO. -¡Tomador! Sí, tomador del dos.

FELIPE. -(Riñéndole.) ¡Vamos, vamos! ¡Pues sí es verdad! Me había ofrecido ponerme sin punto todo el mes para que me llevase una medalla... (Afligiéndose gradualmente hasta romper en llanto.) Y hoy justamente, que es el último día, me ha puesto un mal más grande que su cabeza.

GUADALUPE. -(Riéndose y besándole.) ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué pesar que toma mi hijo!
¡Tan grandullón y lloras por esas tonterías!

RAMONCITO. -Yo le prometo que le voy a abrir la mollera de un cantazo.

FELIPE. -¡Qué bonito! ¡Qué buena educación revela eso! Más valiera que llorase usted
de vergüenza por sobornar a las gentes con batatas.

GUADALUPE. -Hombre, a nadie le amarga un dulce.

RAMONCITO. -Bien que le gustan a él. Siempre se figura que la que le llevo es más
pequeña que la del día antes.

FELIPE. -¿Te halagaría ostentar una distinción que en realidad quien la habría ganado
es el dueño de la Mahonesa?

RAMONCITO. -¿Y yo no me quedo sin postre, por dárselo a él?

GUADALUPE. -¡Este papá que nunca ha de acordarse de tus años! Al niño
(Acariciándole.) le lisonjea el que le vean con la medalla, porque siempre lo miran con mas
predilección los amiguitos... ¿Verdad?

RAMONCITO. -¡Vaya! ¡Y también le hacen a uno más caso las niñas!...

GUADALUPE. -(Asombrada.) ¿Eh?

FELIPE. -(Me parece que tendré que esconder el tabaco, porque éste va, como su padre,
a querer fumar muy pronto.)

GUADALUPE. -Pero, explícame. ¿Qué es eso de que las niñas os hacen más caso?

RAMONCITO. -Sí, le miran más; y cuando jugamos a arroz con leche siempre, se
quieren casar con el que tiene premio.

GUADALUPE. -¿Qué te parece, Felipe?

FELIPE. -Que éste se va a quedar soltero toda su vida.

Escena III

DICHOS y ADOLFITO, con un libro en la mano y una medalla pendiente del lado
izquierdo de la chaqueta.

ADOLFITO. -¿Dan ustedes su permiso?

GUADALUPE. -(A su hijo.) Mira quién está ahí.

FELIPE. -¡Hola! Adelante, señor don Adolfo.

RAMONCITO. -¿Qué vienes hacer en mi casa? Ya te puedes marchar por donde has venido.

FELIPE. -¡Niño!

GUADALUPE. -(A ADOLFITO.) No hagas caso, hijo, entra. Ramón quiere sin duda que le pongamos una mordaza.

ADOLFITO. -(Dándole el libro a RAMONCITO.) Venia a traerte las reglas de urbanidad que te has olvidado en el colegio.

FELIPE. -No está mal el epigrama.

RAMONCITO. -No me engañas, chato. Lo que tú vienes es a restregarme la medalla por las narices. ¡Pinturero!

ADOLFITO. -Sí, como es la primera que me llevo...

RAMONCITO. -¡Mira qué gracia! Porque tu tío le da al pasante todas las botas que no le sirven.

ADOLFITO. -Digan ustedes que no es verdad.

RAMONCITO. -Es más burro...

GUADALUPE y FELIPE. -(Sin poder contener la risa.) ¡Pero niño!

RAMONCITO. -El otro día le preguntaron qué parte de la oración es gloria y contestó que era la última que se reza en el Rosario.

GUADALUPE y FELIPE. -(Riendo.) ¡Já, já, já!

ADOLFITO. -Porque me turbé. ¿Y tú, que en el certamen de Geografía le dijiste al maestro que las cinco partes del mundo se llamaban: Asia, Esia, Isia, Osia y Usia?

RAMONCITO. -¿Yo? ¿Yo? ¡Ay, que embustero! Si las sé de memoria.

ADOLFITO. -¿Tú? Déjame reír. Que las diga por gusto.

RAMONCITO. -¿Ves? Pues ahora no me da la gana.

GUADALUPE. -Debes hacerlo para probamos que las sabes.

FELIPE. -Pues ahora te mando yo decirlas para que no desmientas a nadie sin razón.

RAMONCITO. -Pero, papá, si las sé...

FELIPE. -Veámoslo.

RAMONCITO. -Luego.

FELIPE. -(Formalizándose.) Al instante.

RAMONCITO. -¡Caramba! Asia, Europa, California, Misisipí y Navarra.

TODOS. -(Riendo.) ¡Já, já, já!

ADOLFITO. -¡Si las sabía!

RAMONCITO. -No te rías, cochino.

FELIPE. -¡Eh! ¿Qué palabras son esas? Cuidado conque yo las vuelva a oír...

RAMONCITO. -A ver si te largas; los perros fuera.

GUADALUPE. -(Esto es un sainete.) Vamos, vamos, entre dos amiguitos no deben existir rencores de esa naturaleza. Vais a deciros por qué estáis así y a daros un abrazo cariñoso.

FELIPE. -Sí, aquí hay una cuestión de honra que es preciso ventilar. (A ADOLFITO.) Yo he oído decir algo de unas batatas a cambio de las cuales tú debías...

RAMONCITO. -Ponerme bien en todas las lecciones.

ADOLFITO. -Y di, ¿no lo he cumplido?

RAMONCITO. -Pero hoy que era el último día me has puesto mal, y por tu culpa me he quedado sin premio.

ADOLFITO. -(Con el tono infantil del despecho.) Sí, señor; y lo he hecho porque ayer en el Prado dijiste en el corro de las niñas que yo me sonaba con la manga de la chaqueta. ¡Mal amigo! ¡Mal amigo!

RAMONCITO. -Y tú, ¿por qué le dices a Rosita si quería ser novia tuya? (Muy incomodado.)

ADOLFITO. -Ella me lo dijo a mi.

GUADALUPE. -(A FELIPE.) Tempranito empieza. ¿Eh?

FELIPE. -¡Ya, ya!

RAMONCITO. -(Con mucha gravedad y aparte a ADOLFITO.) Y en cuanto llegue, Navidad, con los aguinaldos voy a comprarme un revólver para matarte.

FELIPE. -Más libros, más libros y menos majaderías.

ADOLFITO. -Me voy, que el criado está esperándome ahí fuera.

GUADALUPE. -Antes de irte es preciso que os deis un abrazo y olvidéis vuestras rencillas.

ADOLFITO. -Si él quiere...

GUADALUPE. -¡Pues no ha de querer! (Empujando a su hijo, que abraza a ADOLFITO de mala gana.) Anda. ¡Así me gusta!

FELIPE.. -(¡Qué chiquillos!)

ADOLFITO. -Ustedes lo pasen bien.

FELIPE y GUADALUPE. -(Besándole.) Adiós y hijo mío.

FELIPE. -Expresiones al tío.

ADOLFITO. -Muchas gracias.

GUADALUPE. -(A su hijo.) Acompáñale, hombre.

ADOLFITO. -(En la puerta del foro, queriendo abrazar a RAMONCITO.) Adiós.

RAMONCITO. -(Rechazándole e indicándole la acción de pegarle un tiro.) A Navidad... ¡pum! (Vase ADOLFITO.)

FELIPE. -(A RAMONCITO.) Y tú a estudiar inmediatamente todas las lecciones de mañana.

RAMONCITO. -¡Papá! Esta noche...

GUADALUPE. -Anda, obedece, que si no el jueves no habrá baile para ti. ¡Ay! ¡Cuándo tendré bigotes para no volver a mirar un libro. (Vase refunfuñando.)

Escena IV

GUADALUPE y FELIPE.

GUADALUPE. -Qué demonios de criaturas! me han hecho pasar un rato delicioso.

FELIPE. -Yo quería revestirme de mucha gravedad para reñir a Ramón; pero la risa se me soltaba a pesar mío.

GUADALUPE. -¡Cómo se han sacado a relucir todos sus defectos!

FELIPE. -Al chico habremos de dedicarle a la Marina.

GUADALUPE. -¿Por qué?

FELIPE. -Por la geografía que sabe.

GUADALUPE. -Es verdad.

FELIPE. -¡Qué razón tienen en decir que los niños no son más que locos pequeñitos! Cuando Adolfo sea hombre y se acuerde que un día riñó con Ramón porque este dijo que se sonaba con la manga de la chaqueta...

GUADALUPE. -Pues por cosas más fútiles reñís vosotros a veces.

FELIPE. -Mujer, por Dios, que exageraciones.

GUADALUPE. -Los hombres no sois más que niños grandes; muy juiciosos mientras lleváis el traje de salir; pero en cuanto os ponéis el de estar por casa... ya, ya.

FELIPE. -Justo; somos unas veletas que giramos según el viento que sopla.

GUADALUPE. -Y claro que sí.

FELIPE. -Cuando damos una palabra no la cumplimos, porque hayan dicho que tenemos los pies grandes... Oh...

GUADALUPE. -Llama feo al que se jacte de buen mozo, niégale talento al que se juzgue un sabio, contraría, en fin, los deseos de tu mejor amigo, y veremos si no te pone mal a pesar de todas las batatas que produce Málaga.

FELIPE. -¡Qué tonterías!

GUADALUPE. -Y si no, vamos a ver; ¿por qué el señor de González, que es una persona muy juiciosa, te ha de inspirar una antipatía tan profunda?

FELIPE. -¿Es que quieres que te regale los oídos? Ahora iré a comerme, a fiestas a un hombre que fue tu primer novio.

GUADALUPE. -¡Qué, delito tan grande! casi todas mis amigas ¿no han sido, novias tuyas? Pues no las guardo rencor por eso.

FELIPE. -Es que González te asedia de tal modo en todas las reuniones que, francamente, me hace poquísima gracia: y como él se precia de Tenorio...

GUADALUPE. -Ya te he dicho, que las mujeres no podemos evitar las asechanzas de los seductores, pero sabemos poner una barrera entre la galantería y el abuso. Yo, por ejemplo, conociendo tu carácter impetuoso, me guardaré muy bien de señalarte a un libertino a quien para castigar me basto; pero puedo asegurarte que tu honor no sufrirá menoscabo bajo mi custodia.

FELIPE. -¡El muy fachendón! Con una calva que parece, el casco de un bombero. ¡Más valiera que se acordase de por qué se quedó calvo!

GUADALUPE. -¿Ves lo mal que le tratas? Pues apuesto cualquier cosa, a que si te hiciese un favor de esos que tocan la cuerda sensible; si... por ejemplo, te regalase un cintajo que colgarte del ojal de la levita, habías de modificar por completo tu opinión.

FELIPE. -Al momento.

GUADALUPE. -Pues hombre, si en sentido contrario te sucede lo mismo con León, el tío de Adolfo. Un chisgarabís, un títere que no se alimenta más que de chismes y enredos; tan afeminado, tan necio, y a quien sin embargo profesas tanta simpatía.

FELIPE. -¡Mujer! Es un buen chico!...

GUADALUPE. -¡Es claro, te sirve de correveidile en todas tus intrigas...

FELIPE. -Ya lo has dicho tú.

GUADALUPE. -Sobre todo, se halla bajo tu dominio, y por eso le encuentras excelente; pero estoy segura de que el día en que se elevase dos dedos sobre tu nivel; en cuanto fuese más que tú por cualquier concepto, ya no te podías resistir.

FELIPE. -Bien, lo que quieras.

GUADALUPE. -¡Si es condición humana!

FELIPE. -(Viendo a LEÓN.) En hablando del ruin de Roma...

Escena V

DICHOS y LEÓN, con un gabán que oculta un traje de etiqueta.

LEÓN. -¿Se ocupaban ustedes de mí?

FELIPE. -Sí, Guadalupe estaba haciendo la apología de usted.

GUADALUPE. -¿No ha encontrado usted a su sobrino? Hace un momento que acaba de marcharse de aquí.

León. -¿Adolfito?

FELIPE. -Sí.

LEÓN. -No lo he visto. A bien que llevábamos opuestas direcciones; porque él iría a casa y yo venía de Palacio.

FELIPE. -Efectivamente, volvía del colegio.

GUADALUPE. -¡Qué mona está esa criatura!

LEÓN. -Pues hoy he tenido que reñirle, porque, quería a todo trance venir conmigo a Palacio.

FELIPE. -Lo que me parece es que no goza de una salud muy completa su sobrino de usted.

GUADALUPE. -Está muy amarillito. No le haga usted estudiar mucho.

LEÓN. -Eso mismo me ha dicho el médico, a quien encontré cuando iba a Palacio a dar las gracias a su majestad.

FELIPE. -¡Ah! ¿Viene usted de Palacio?

GUADALUPE. -Sí, ¿no lo has oído?

LEÓN. -Por cierto, señores, que con el día de verano que está haciendo y todas las estufas encendidas en aquellas habitaciones estoy como si me encontrara en pleno Agosto. Ustedes me dispensarán. (Se quita el sobretodo y deja ver el frac, con una placa de comendador de número de Isabel la Católica en el costado izquierdo.)

FELIPE. -No faltaba otra cosa.

GUADALUPE. -¡Amigo! ¿y esa condecoración?

FELIPE. -(Con asombro.) ¡Cómo! ¿Una placa?

LEÓN. -Sí, la de comendador de número de Isabel la Católica.

GUADALUPE. -Sea enhorabuena.

FELIPE. -(Con envidia creciente en todo el curso de la escena.) ¡Qué en secreto lo ha tenido usted!

LEÓN. -Como me preocupo tan poco de estas cosas...

FELIPE. -(Se preocupa poco y me hace una visita con el solo objeto de restregarme las insignias por las narices.)

GUADALUPE. -¡Es muy bonita! Mira, Felipe.

FELIPE. -Sí, preciosa.

LEÓN. -¿Les gusta a ustedes?

LOS DOS. -Mucho.

LEÓN. -Siento no poderla ofrecer...

FELIPE. -¡Quiere usted callar! Estos objetos sólo tienen una aplicación directa.

GUADALUPE. -¿Qué uso había de hacer Felipe de una cruz que no podría ostentar...

LEÓN. -Es verdad, que usted creo que no está condecorado...

FELIPE. -No; para ello se requieren merecimientos que estoy muy distante de poseer.

LEÓN. -¡Oh! no diga usted eso. Tal vez le tienen a usted en olvido por su excesiva modestia. Mire usted, yo estoy apoyando a la situación desde Alcolea y maldito si se han acordado de mi. Gracias a que ahora le he hecho ganar las elecciones a nuestro amigo González, por quinientos votos que le he procurado, y él agradecido ha iniciado la recompensa en que el gobierno jamás hubiera puesto mientes.

FELIPE. -Es muy justo.

GUADALUPE. -Adolfito también se ha llevado una medalla.

LEÓN. -¿Si?

FELIPE. -(Es claro; con votos a los candidatos y botas a los pasantes condecora este a toda su familia.)

LEÓN. -La verdad es que González es una persona sumamente atenta y todo un caballero.

FELIPE. -¡Ah! Sí.

LEÓN. -Yo siento ocuparme de él con elogio en esta casa, porque, sé que no le profesan ustedes la mayor simpatía. (Por FELIPE.)

FELIPE. -Nada de eso.

LEÓN. -Y él lo deplora, de veras. No hace mucho me decía: «A haber yo sabido que el amar a Guadalupe me cerraba las puertas de la amistad de Felipe, jamás hubiera puesto los ojos sobre ella.»

FELIPE. -Es una preocupación suya.

GUADALUPE. -Indudablemente.

LEÓN. -Le es usted simpático, créalo usted. Por supuesto, yo haría lo mismo que Felipe; porque la simpatía de un Tenorio como González, hacia el marido de la mujer a quien amó, me parece, lo que en el tresillo llamamos salir por una falta.

GUADALUPE. -Hace usted poco favor a su amigo.

FELIPE. -No, no deja de tener razón.

LEÓN. -Es una debilidad de su carácter. Ha leído el Fausto en alemán y se echa en busca de Margaritas.

FELIPE. -Aquí podría decirse lo de echar margaritas a... González.

TODOS. -¡Já, já, já!

LEÓN. -Y luego, ¿quién asegura al marido que del amor pasado no queda algún rescoldo... (Mirando a GUADALUPE.)

GUADALUPE. -(¡Títtere!) El honor de su mujer que estima en mucho el de la persona cuyo nombre lleva.

FELIPE. -Ciertamente.

LEÓN. -Veo que Guadalupe se pone seria por una broma que me he permitido...

GUADALUPE. -Nada de eso; como broma lo he tomado.

LEÓN. -Pues el objeto de mi visita es decirles a ustedes que he estado en casa de nuestro amigo el banquero Monsieur Lambert, y su señora me ha prevenido que insista mucho con ustedes para que no dejen de asistir el jueves a sus salones.

GUADALUPE. -Bastaba su invitación para obligarnos. Ahora con doble motivo...

FELIPE. -(¡También ha ido a enseñarles la cruz!)

LEÓN. -(Con intención a FELIPE.) ¡Ah! Luisa. que estaba allí, une asimismo sus ruegos a los de su amiga.

GUADALUPE. -(Con intención mirando a su marido.) ¡Gracias!

FELIPE. -(Iremos.)

LEÓN. -(A Guadalupe.) ¡Qué simpatías tiene por usted!

GUADALUPE. -¡Quién! ¿Luisa?

LEÓN. -Sí.

GUADALUPE. -He de preguntarla si sabe jugar al tresillo.

LEÓN. -¿Por qué?

GUADALUPE. -(Viendo y mirando a FELIPE.) Porque me parece que ha de salir siempre por una falta.

LEÓN. -¡Já, já!

FELIPE. -(Si supiese que da cada codillo...)

LEÓN. -¡Qué Guadalupe! (Levantándose.) Conque no falten ustedes, porque la soirée promete ser brillantísima.

FELIPE. -¿Nos deja usted ya?

LEÓN. -Harto a pesar mío.

GUADALUPE. -¡Tan pronto!

LEÓN. -Voy a hacer cinco o seis visitas que me faltan, y en seguida a quitarme estos trebejos; porque si encuentro a algún conocido creerá que voy paseando por ahí la cruz... A los pies de usted, Guadalupe.

LEÓN. -Adiós, León.

LEÓN. -¡Felipe! (Dándole la mano.)

FELIPE. -Repito mi enhorabuena.

LEÓN. -Gracias. Y a ver cuando se la doy yo a usted, una mala vergüenza que ese pecho esté limpio todavía, cuando tanto botarate ostenta un calvario en el suyo. Yo mismo, si cree usted que le puedo servir de algo.

FELIPE. -Lo estimo. Veremos.

LEÓN. -Con franqueza.

FELIPE. -Ya lo sé. Pues, ea, adiós.

TODOS. -Adiós. (Vase LEÓN.)

Escena VI

GUADALUPE y FELIPE.

FELIPE. -Escribe memorias, regala vasos etruscos para que luego un quídam por quinientos votos cedidos a un candidato se lleve nada menos que la encomienda de número de Isabel la Católica.

GUADALUPE. -El hombre se la ha ganado.

FELIPE. -Mujer, calla. Si fuera una cruz sencilla menos mal; pero una condecoración que tiene tratamiento... Mira tú que darle usía a León... ¡Vamos!...

GUADALUPE. -Di. ¿Verdad que ya no te parece tan buen chico?

FELIPE. -Ahora vas tú a creer que por la miseria de la...

GUADALUPE. -¡Já, já, já!

FELIPE. -No es eso, Guadalupe; sino que indigna el ver cómo prostituyen lo que más debiera honrar al individuo. Leen es un excelente muchacho como... León y aun como el caballero don León; pero como comendador...

GUADALUPE. -Vamos, como comendador no le puedes digerir.

FELIPE. -Es que nunca ha estado tan majadero como hoy. (Imitándole.) «Vengo de Palacio; cuando me dirigía a Palacio» y ¡eso de ir hecho un sacristán en procesión enseñando la cruz a todo el mundo!... Lo siento por él, porque va haciendo un papel ridículo.

GUADALUPE. -No, Felipe, no; lo sientes por ti, porque, como dice nuestro hijo, al que tiene premio, los compañeros le miran con más preferencia y las niñas les hacen más caso. No es el ridículo que él corra lo que a ti te inquieta, sino el pensar que de hoy en adelante le verán en los salones con su placa. Y que cuando tú te acerques a invitar a Luisa para unos lanceros, ella te contestará: «Lo siento, Felipe, estoy comprometida con el comendador.»

FELIPE. -Sí, lo que quieras, porque contigo no hay medio de discutir, es preciso disputar.

Escena VII

DICHOS y un CRIADO, que presenta a FELIPE una tarjeta.

CRIADO. -Señorito. Visita.

FELIPE. -(Leyendo.) «Antonio González, diputado a cortes.»

GUADALUPE. -El padrino del comendador.

FELIPE. -Que pase en seguida. (Vase el CRIADO.) Tu amor.

GUADALUPE. -¡Majadero!

FELIPE. -Éste nos visita de tarde en tarde, pero oportunamente. Ya me hago bastante violencia para aparecer risueño a sus ojos, conque hoy que estoy para pocas bromas...

GUADALUPE. -¡Chist! Calla.

FELIPE. -(¡Hombre más antipático!)

Escena VIII

DICHOS y GONZÁLEZ, calvo y con bastón.

FELIPE. -¿Cómo está usted, señor de González?

GONZÁLEZ. -Gracias. Usted, Guadalupe, esforzándose en hacernos creer que hace once años que se casó.

GUADALUPE. -Las madres llevamos siempre a la vista la partida de bautismo.

FELIPE. -Ya creíamos que había perdido usted las señas de nuestra casa.

GONZÁLEZ. -Bien pueden ustedes dispensarme; pero entre asuntos propios, y el ministro, que se ha empeñado en llevarme al Congreso...

FELIPE. -¡Ah! Le felicito a usted por el triunfo de su candidatura.

GONZÁLEZ. -No, si no ha habido lucha.

FELIPE. -Pues León nos había dicho todo lo contrario.

GUADALUPE. -Según él, quinientos votos que le había a usted cedido eran los de mayoría sobre el contrincante.

GONZÁLEZ. -Puedo asegurar a ustedes, señores, que, no ha intervenido para nada en mi elección. Ese habla a placer de la lengua.

FELIPE. -Pues si hasta nos vino a enseñar la condecoración que usted le ha mandado en agradecimiento.

GONZÁLEZ. -¡Qué títere! En casa estuvo también a darme las gracias, pero es una cruz que me ha pedido poco menos que de rodillas y que yo le he procurado sin más objeto que el de satisfacer su vanidad.

FELIPE. ¡Qué debilidades!

GUADALUPE. -¿Va usted el jueves al baile?

GONZÁLEZ. -¡Por fuerza! Los señores Lambert son tan amables...

FELIPE. -¿Viene usted del Congreso?

GONZÁLEZ. -No. Hoy he ido a visitar el Museo Arqueológico... y en verdad que le felicito a usted por la preciosa colección de son etruscos que ha regalado.

FELIPE. -¿Le gustan a usted?

GONZÁLEZ. -Son admirables. De lo más arcaico que he visto. Supongo que, para honra de la ciencia, no será el último donativo que usted haga.

FELIPE. -Siento el tener que destruir esa ilusión.

GONZÁLEZ. -¡Cómo!

FELIPE. -Me es sumamente sensible el desprenderme de objetos que a mis ojos tienen un gran valor, para que en las regiones oficiales se aprecien en tan poco.

GONZÁLEZ. -No concibo por qué lo dice usted. Precisamente el director y el ministro de Fomento, que estaban allí conmigo, han hecho de ellos un gran elogio.

FELIPE. -Pues ni las gracias se me han dado.

GONZÁLEZ. -¿Es posible?

GUADALUPE. -Yo encuentro que Felipe se queja con justo motivo. Ya ve, usted, la adquisición de esos vasos representa un trabajo asiduo, un capital de inteligencia y sacrificios pecuniarios no despreciables.

GONZÁLEZ. -Yo no me lo explico más que por un olvido involuntario.

FELIPE. -Ya ve usted, ¿qué les costaba mandarme, no como pago, sino por vía de estímulo, una mención, una cruz...

GONZÁLEZ. -La tendrá usted. Yo me encargo de ello.

FELIPE. -(Reprimiendo su alegría.) No, no, luego pueden figurarse que yo la he mendigado...

GONZÁLEZ. -Nada, nada. Déjeme usted proceder libremente, siquiera sea por respeto a la ciencia.

FELIPE. -Como usted guste. (Se levanta para tocar un timbre que hay sobre una mesa.)

GONZÁLEZ. (Aparte a GUADALUPE mientras FELIPE se separa.) ¿Siempre tan ingrata conmigo?

GUADALUPE. -Siempre. Basta.

FELIPE. -(A un criado que a poco vuelve con cigarros.) Tráete cigarros. Gales ¿eh? (A GONZÁLEZ.) Pero ahora no vaya usted a ser exigente, porque repito que se trata tan sólo de un estímulo. Así con una cruz sencilla de caballero...

GONZÁLEZ. -¡No sea usted criatura! ¿Piensa usted merecer menos que León? Le doy a usted mi palabra formal de que el jueves se presenta usted en el baile con la encomienda de número de Carlos Tercero.

GUADALUPE. -(Al menos ya pareceré persona decente.)

FELIPE. -(A GONZÁLEZ después de ofrecerle un cigarro.) ¿Quiere usted que le sirvan un refresco? porque hace calor...

GONZÁLEZ. -No, gracias.

FELIPE. -O una copita de ajenjo.

GONZÁLEZ. -Nada. (Vase el criado.)

GUADALUPE. -(Ya creo que le daría mi marido hasta un abrazo.)

GONZÁLEZ. -Dígame usted. ¿Cómo van las obras de la calle del Arenal?

FELIPE. -Bastante adelantadas; pero esa finca no es mía.

GONZÁLEZ. -Sí; ya sé que es de los huérfanos de Ramírez, de quien usted es tutor.

FELIPE. -Precisamente.

GONZÁLEZ. -¿Son todos menores? ¿La casada también?

GUADALUPE. -No tiene más que quince años Adelita.

FELIPE. -De esa es tutor su marido.

GONZÁLEZ. -Es natural. No sé si usted sabe que yo tengo una en la calle de las Hileras.

FELIPE. -No lo sabía.

GONZÁLEZ. -Sí, que da precisamente sobre los jardines de la que usted construye, y desearía, si posible fuese, que se me permitiera sacar unas luces...

FELIPE. -Usted no tiene más que mandar para ser obedecido.

GONZÁLEZ. -Pero se trata de menores; no quiero yo perjudicarles... que indiquen la cantidad, y si es razonable como creo...

FELIPE. -Bien; ya arreglaremos cuentas. El marido de Adelita jamás se opone a lo que yo

dispongo; por consiguiente mande usted los albañiles y proceda como guste, si quiere darme una prueba de amistad.

GONZÁLEZ. -Tantas gracias. Pero...

GUADALUPE. -(¡Ah! ¡Hombres, hombres! y os llamáis sexo fuerte.)

Escena IX

DICHOS y RAMONCITO, que a guisa de medalla ostenta en el pecho un pedazo de papel dorado, prendido con un alfiler.

RAMONCITO. -(Entrando con mucha gravedad e imitando al profesor en la adjudicación de premios.) ¡Don Ramón de Carvajal: premio de aplicación!

GUADALUPE. -Aquí está nuestro heredero.

GONZÁLEZ. -Es un buen mozo.

FELIPE. -Ven, Ramón.

RAMONCITO. -Algo mejor me sentaría a mi la medalla que al burro de Adolfito.

GUADALUPE. -Aquí hay un caballero que quiere verte.

GONZÁLEZ. -¿Me das un beso, hermoso? (Se le sienta en las rodillas dejando para ello el bastón junto al brazo de la butaca.)

FELIPE. -¡Pero muchacho! ¿Qué te has puesto allí? Quítate ese adefesio. (Le quita el papel.)

RAMONCITO. -¡Papá!

FELIPE. -¡No te da vergüenza, siendo casi un hombre, el ir con ese pedazo de papel haciendo reír a la gente?

GONZÁLEZ. -¡Qué ojos tiene!

FELIPE. -Si vieras que yo me ponía ese pingajo ¿no merecería que me silbases? Vamos, ten juicio.

GUADALUPE. -Cuando hay visita los niños no deben hacer locuras.

FELIPE. -¿Tú no has conocido a este caballero? (Al niño.)

RAMONCITO. -No.

GUADALUPE. -¿No te acuerdas del señor de González?

RAMONCITO. -No.

FELIPE. -Si, hombre; el dueño de aquellas jaquitas que te gustaban tanto...

RAMONCITO. -¡Ay! sí, ya me acuerdo. Uno que dices tú que fue novia de mamá.

TODOS. -¡Já, já, já!

FELIPE. -Sí; eso es. (Riendo.)

RAMONCITO. -Y que mamá no le quiso...

GUADALUPE. -(Presintiendo lo que va a venir.) (¡Ay!)

FELIPE. -(Ídem.) Mira, creo que te llaman.

RAMONCITO. -Porque se quedó calvo de una tiña que tuvo.

GONZÁLEZ. -(Soltando al niño con indignación) (¡Cómo!)

GUADALUPE. -(Esforzándose por reír.) No, hombre, no

FELIPE. -(Queriendo paliarlo.) Lo confunde, con el marido de... aquella... que estaba en... aquel pueblo... cuando... ¡Ay, sudo tinta!

GUADALUPE. -A nda, anda a que te prueben el traje para el jueves.

RAMONCITO. -Voy. (A GONZÁLEZ.) Usted lo pase bien.

GONZÁLEZ. -(Esforzándose por acariciarle.) Adiós, monísimo. (Vase RAMONCITO.)

FELIPE. -Estas criaturas son capaces de comprometer...

GUADALUPE. -Confunden ideas y luego las...

FELIPE. -Gracias a que en esta ocasión no se podía dudar...

GONZÁLEZ. -Sí... ellos oyen decir las cosas y después... las trabucan...

FELIPE. -Dispénsele usted...

GONZÁLEZ. -Son niños... Guadalupe, a los pies de usted.

GUADALUPE. -No se olvide usted de nosotros.

GONZÁLEZ. -Felipe... (Dándole la mano.)

FELIPE. -(Con gran solicitud.) Que se venga usted alguna noche tomar el té; con franqueza...

GONZÁLEZ. -Sí; lo haré.

FELIPE. -Y abra usted cuantas luces guste...

GONZÁLEZ. -Gracias.

FELIPE. -De lo de los vasos... nada digo.

GONZÁLEZ. -Eso es cosa mía. (Como no te cuelgues más cruz que la que yo te dé...)
Adiós.

LOS DOS. -Adiós. (Vase GONZÁLEZ, dejándose el bastón.)

Escena X

GUADALUPE y FELIPE.

FELIPE. -¡Ay! ¡Qué hijo de mis pecados!

GUADALUPE. -No he pasado en mi vida tormento más atroz.

FELIPE. -¡Le voy a arrancar la lengua!

GUADALUPE. -El angelito ¿que culpa tiene? Te ha oído decir eso y lo repite.

FELIPE. -Es verdad. Pero yo creo que González no se ha dado por aludido.

GUADALUPE. -¡Calla, hombre! Pues la cosa ha sido para dejar duda.

FELIPE. -No; pero lo hemos compuesto bastante bien.

GUADALUPE. -Mucho; tartamudeando.

FELIPE. -Pues sabes que se tía tragado una píldora...

GUADALUPE. -(Riendo.) ¡Infeliz!

FELIPE. -Y mira, lo siento, porque es una persona muy simpática. Gana mucho tratándoselo a fondo.

GUADALUPE. -¡Desgraciado! Aparenta al menos sostener la firmeza de tus opiniones. ¿No ves que te has quedado sin encomienda?

FELIPE. -Eso es.

GUADALUPE. -Y tanto. Lo de la calva ha sido para él lo que, para Adolfito la manga de la chaqueta.

FELIPE. -¡Qué majadería! Pues qué, aunque el hombre se haya aplicado el cuento ¿el tener una enfermedad, es cosa que deshonor?...

GUADALUPE. -No; pero ya verás si acierto. Basta el que a mi me halague para que no tenga lugar.

FELIPE. -No lo creas.

GUADALUPE. -¡Tan contenta que estaba yo de ser comendadora!

FELIPE. -(Colgándose del pecho el papel dorado que le quitó a su hijo.) Mira, mira, algo mejor me estará a mí la placa que al botarate de don León. Y luego la de Carlos Tercero es más estimada que la suya. Sobre el negro resalta mucho, y eso que con la levita no luce tanto como con el frac. (Se recoge los faldones de la levita para imitar los de un frac.)

GUADALUPE. -¡Cuánto rabiarán algunos al vernos del brazo el jueves en la Legación! (Tomando el de su marido.)

FELIPE. -¡Ya lo creo! Cuando... (Todo esto jugando muy cómicamente, pero sin que toque lo grotesco de ningún modo. GUADALUPE va apoyada en el brazo derecho de su marido a fin de que el papel dorado quede perfectamente visible para GONZÁLEZ, quien entrando oportunamente para verlo todo, toma su bastón y sorprende en una vuelta a los dos esposos, dejándolos petrificados de vergüenza)

Escena XI

DICHOS, GONZÁLEZ y a poco RAMONCITO.

GUADALUPE. -¡Ay! (Viéndole.)

FELIPE. -¡Oh! (Ídem.)

GONZÁLEZ. -Se me había olvidado el bastón... agur. (Conténtate con la de papel, que no habrá otra.) (Vase.)

RAMONCITO. -Papá, papá. (Viéndole el papel en el pecho.) ¡Hombre! ¡Bien! (Se pone a silbarle.)

FELIPE. -¡Niño! (Levantando la mano para pegarle.)

GUADALUPE. -¡Felipe, Felipe! (Conteniéndole y señalándole el papel.) Tiene razón.

FELIPE. -(Avergonzado.) Es verdad. Silba, hijo, silba. (FELIPE se arranca el papel y RAMONCITO continua silbando y haciendo muecas.)

Acto segundo

Un vasto y elegantísimo salón en casa del CONDE dispuesto para un baile. Profusión de espejos con grandes candelabros en los intersticios. En sitio conveniente la orquesta. Por el fondo se divisan otras habitaciones no menos lujosas.

Escena Única

La CONDESA, LUISA, FELIPE, GONZÁLEZ, LEÓN, el CONDE, ZACARÍAS, ROSITA, RAMONCITO, ADOLFITO, SEÑORAS, CABALLEROS, NIÑOS y NIÑAS.

Casi todos los caballeros ostentan condecoraciones a excepción de Felipe. Adolfito luce también su medalla. Al levantarse el telón los niños bailan los últimos compases de un vals, y acto continuo van a sus asientos respectivos. Los demás convidados, divididos en grupos y formando semicírculos sostienen en los suyos animadas conversaciones. Cuiden mucho los directores de dar a este cuadro la mayor animación posible sin que degeneren nunca en confusión, haciendo que las figuras vengan oportunamente y sin violencia a decir sus versos por los primeros términos y ocupándolos en algo cuando no jueguen en la acción. En resumen, imprímasele la mayor verdad posible, teniendo en cuenta que se trata de una escena única en que intervienen más o menos directamente todos los personajes mencionados. Los caballeros pasan de unos grupos a otros; las señoras ríen y coquetean con ellos; los juntos en su mayor parte, se libran con las niñas a pasatiempos infantiles; los dueños de la casa hacen los honores recorriendo los diferentes términos del salón, y multitud de criados, unos de frac y otros de gran librea, ofrecen a los concurrentes, en bandejas de plata, dulces, helados, pastas y refrescos. Al terminar el vals hay un pequeño movimiento; algunas señoras acarician a los niños, las madres componen el traje a sus hijos, los caballeros cercan a algunas niñas felicitándolas; pero a poco el orden se restablece, y ocupando cada cual su sitio, se da comienzo a la acción.

CONDESA. -(Con bastante acento francés, del que participa igualmente su marido.)
¡Bravo mis niños, ustedes han muy bien balado!

CONDE. -A presente una pequeña dulsura.

RAMONCITO. -Se dice: dulce. (Riéndose.)

CONDE. -¿Dulce? (Yéndose.) (Quelle langue, mon Dieu.)

CONDESA. -¿Pero usted, señorita, no bala de toda la noche. (A la NIÑA 1.^a)

NIÑA 1.^a. -No me saca nadie.

CONDESA. -A la otra vez yo le buscaré a usted una pareco. (A RAMONCITO.) Usted, pequeño niño, está muy rojo. Tome usted guardia, tome usted guardia. (Sentándose junto a una señora y entablado conversación con ella.) Et ben, ma chère amic. (Los niños ríen de las palabras de la CONDESA.)

RAMONCITO. -(A ADOLFITO, burlándose.) Yo que tú me hubiera traído la medalla al baile.

ADOLFITO. -Pues yo he preferido dejármela en casa.

ROSITA. -Muy bien que ha hecho, sí señor, buena envidia que le tienes.

SEÑORA 1.^a. -¡Niña! (Reprendiendo a ROSITA.)

ROSITA. -¡Mamá!

NIÑO 1.^o. -¿Y yo? que me podía haber puesto el uniforme que tengo de cadete de artillería...

NIÑA 2.^a. -No, no; ya te he dicho, que si te haces militar no me caso contigo.

ADOLFITO. -(A RAMONCITO.) Tú lo que sientes es que Rosita me mire con buenos ojos.

RAMONCITO. -¿Por qué ha sido tu pareja? Luego bailará conmigo. ¿Verdad? (A ella.)

ROSITA. -¿Yo? Espérame sentado.

SEÑORA 1.^a. -¿Rosita? (Reprendiéndola.) ¡Zacarías! (Llamando a su marido.) Riñe a esa niña, que le está haciendo cada desaire a Ramoncito...

ROSITA. -¡Desaplicado! (A Ramón.)

ZACARÍAS. -¡A ver, a ver! (A ROSITA.) Ya te he dicho que una señorita no debe ser nunca con los ricos; dígo, Jesús, con los niños...

RAMONCITO. -Pues en toda la noche no Ha hablado más que con Adolfo y con el hijo del gobernador.

ZACARÍAS. -¿Quién es él? No le conozco.

ADOLFITO. -Éste, Genaro. (Señalando al NIÑO 2.º)

ZACARÍAS. -Mira, mira, Arsenia. Este caballerito es hijo del señor gobernador. (A la SEÑORA 1.ª.)

NIÑO 2.º. -Servidor de usted.

SEÑORA. 1.ª. -¡Caramba! ¡Tan joven y ya es usted señor gobernador!...

LEÓN. -(Al lado opuesto en el grupo donde se hallan los niños.) Si le vi el otro día yendo a Palacio...

RAMONCITO. -(A GONZÁLEZ, que pasa por la izquierda donde se hallan los niños.)
¡Hola! Señor de González.

GONZÁLEZ. -¡Ah! Buenas noches... hermoso. ¿Y mamá se ha quedado en casa?

RAMONCITO. -Sí, señor, estaba un poco indispuesta...

ADOLFITO. -Diga usted que no. Yo sé por qué no ha venido.

NIÑO 1.º. -Mi mamá dice que es porque no tenía traje nuevo que ponerse.

RAMONCITO. -¡Si se había teñido de azul el blanco que llevó al baile de la Duquesa!

ADOLFITO. -(A RAMONCITO.) No señor. Es que no le han dado a tu papá una cruz que le habían ofrecido, y tu mamá de rabia no ha querido venir. (A GONZÁLEZ.) Don Felipe se lo ha dicho a mi tío y yo he oído como éste lo contaba en un corro donde estaba Luisa.

CONDESA. -(A DON FELIPE en grupo donde está LUISA.) Mais don Filipe, ¡que yo siento que la señora no sea venida!

LUISA. -Precisamente esta noche que hubiera podido asistir al debut de un comendador.

LEÓN. -(¡Lo va a charlar todo!) Voy a ver a González. que entretenido con la infancia no...

LUISA. -Tráiganoslo usted por acá... (LEÓN va en busca de GONZÁLEZ.)

FELIPE. -Son unas neuralgias que la acometen muy a menudo. (Al CONDE.)

CONDE. -¡Pobre señora! Eso es tener una gran cruz.

FELIPE. -¡No!... (Al contrario; eso es no tener ni siquiera una encomienda.)

LEÓN. -(A GONZÁLEZ, en lado opuesto.) Usted siempre consagrado a la infantil.

GONZÁLEZ. -Me hacen mucha gracia los niños. Éste, (Por RAMÓN.) sobre todo, tiene... unas, ocurrencias...

LEÓN. -¡Ah! Ramoncito. Sí, es muy oportuno.

GONZÁLEZ. -¡Mucho!...¡Qué guapo! (Acariciándole sin ganas.) ¿Eres guapo?

RAMONCITO. -No, señor. (Sonriendo.)

LEÓN. -Entonces eres feo.

RAMONCITO. -Tampoco.

LEÓN. -Allí tiene usted la hipocresía de la vanidad. Dice que no es guapo para que nosotros traduzcamos que sí lo es. (Separándose un poco de los niños.) Por supuesto que usted adora al santo por la peana.

GONZÁLEZ. -¡Cómo!

LEÓN. -Por Dios, al hombre que ha corrido no pueden ocultarsele ciertas cosas. ¡Pobres maridos!

GONZÁLEZ. -¡No alcanzo!...

LEÓN. -La vida se ha hecho para nosotros los célibes. A mi me gusta mucho el amor, pero rechazo la santa coyunda. El galanteo es la sinfonía del matrimonio; participa de todos sus motivos sin desarrollar ninguno.

GONZÁLEZ. -(Con cierta vanidad mal reprimida.) Si usted no se explica...

LEÓN. -¿Querrá usted hacerme creer que habiendo inspirado en otros tiempos una pasión a Guadalupe, ella ha de permanecer ingrata al recuerdo de mejores días?

GONZÁLEZ. -(Negando con la sonrisa en los labios como para afirmar implícitamente) ¡Hombre! No...

LUISA. -¡Tengamos aquí lo de la hermosura de Ramoncito! ¿Entonces lo detesta a usted?

GONZÁLEZ. -¡Oh! Tampoco. Existe una buena amistad...

LEÓN. -Cuya traducción pueda a juicio del lector discreto.

LUISA. -(A FELIPE en el lado opuesto.) Decididamente es usted quien ahuyenta a González. No se me ha acercado en toda la noche.

FELIPE. -(Levantándose.) Desapareciendo la causa cambiará el efecto.

LUISA. -¡No sea usted tan susceptible! Haga usted más bien que la misma causa produzca efectos distintos, conduciéndole a mi presencia. (FELIPE se dirige donde está GONZÁLEZ.)

LEÓN. -(Separándose de GONZÁLEZ y yendo a sentarse hacia el centro de la sala, donde está la SEÑORA 2.^a.) Soy con usted al momento.

FELIPE. -(A GONZÁLEZ.) ¡Cómo tan retirado dando margen a que el bello sexo expida heraldos en busca de usted.

GONZÁLEZ. -Temía ser inoportuno. (Continúan hablando con afectada cortesía.)

SEÑORA 2.^a. -(A LEÓN.) Esta noche está González fuera de su centro.

LEÓN. -El salón carece de encantos para él.

SEÑORA 3.^a. -Con todo, Luisa le llena con su hermosura.

LEÓN -Sí, pero falta Guadalupe.

SEÑORA 2.^a. -¡Cómo! ¡Ay! Cuéntenos usted... (Con gran curiosidad.)

SEÑORA 3.^a. -Sí, sí, sepamos...

LEÓN. -¡Por Dios! Encargo la mayor reserva. (Hablan muy animadamente llamando a varios más que se agregan a escuchar. Un criado ofrece dulces en el corro de los niños y todos se abalanzan con afán a cogerlos. Las madres los detienen.)

ZACARÍAS. -(A ROSITA.) Tú toma una cosita seca, que antes con la bresquilla te has puesto los guantes perdidos.

RAMONCITO. -(Cogiendo de la bandeja la misma batata que ADOLFITO, cuya posesión se disputan.) ¡Yo la he cogido primero!

ADOLFITO. -Engañoso, suelta.

ZACARÍAS. -(A ROSITA.) Sepárate, no te ensucien el vestido.

ADOLFITO. -¡Goloso! ¡Cómo se lla echado a coger la más grande!

RAMONCITO. -No, señor. Es que hace un mes que no como batatas y a ti te puede dar cólico del fárrago que tienes de ellas en el estómago.

ADOLFITO. -Que se la de Rosita al que más quiera.

ZACARÍAS. -(A ROSITA.) Dásela al hijo del señor gobernador.

ROSITA. -(A su padre.) (No me gusta.) Para Adolfito.

ADOLFITO. -(Tomando la batata, a RAMONCITO.) ¡Rabia! ¡Rabia!

RAMONCITO. -(Tomando otro dulce.) Ya te lo diré yo mañana en el colegio. (Pues yo soy más guapo.) (Desde este momento no cesa de mirarse al espejo que hay detrás de él.)

GONZÁLEZ. -(A FELIPE en el centro de la escena.) Y en verdad que yo le debo a usted una satisfacción.

FELIPE. -Usted no tiene porque excusarse conmigo.

GONZÁLEZ. -Yo hubiera tenido un gran placer en cumplirle a usted mi palabra.

FELIPE. -Lo creo. (Con mal reprimido rencor.)

GONZÁLEZ. -Pero lo que me ha dicho el Ministro; es tanto el abuso que estos últimos días se ha hecho de las condecoraciones, que la prensa ha puesto el grito en el cielo, y ha sido forzoso suspender toda propuesta hasta que los ánimos se apacigüen un poco.

FELIPE. -Yo le suplico a usted, que no abogue más por mi causa, pues la concesión de mi cruz, en otras circunstancias que las presentes argüiría falta de merecimientos toda vez que se tome exponerla al juicio del público.

GONZÁLEZ. -¡Oh! Nada de eso: pero podemos aprovechar una ocasión...

FELIPE. -(Con cierto retintín.) Señor de González, a la ocasión la pintan calva y...

GONZÁLEZ. -(¡Hola!) No... no crea usted que a mi... (Desconcertado.) me falta razón en

que fundar... la calva, digo, la propuesta...

(RAMONCITO, que como queda dicho, hace grandes esfuerzos por mirarse en un espejo, se sube en el palo de una silla maqueada para verse cómodamente, y oscilando, se apoya para no caer en el hombro de ROSITA manchándola el vestido con el dulce que lleva en la mano.)

ROSITA. -¿Lo ves... ¡Mamá!

ADOLFITO. -¡Ay! ¡Como la ha puesto el vestido!

VARIOS NIÑOS. -¡Ay!

SEÑORA 1.^a. -¡Zacarías! ¿Quieres ver?

ROSITA. -Ha sido el bárbaro de Ramoncito.

FELIPE. -(Separándose de GONZÁLEZ y yendo al corro de los niños. GONZÁLEZ se dirige a donde está LUISA.) Dispéñeme usted.

ZACARÍAS. -(Riñendo a su hija y limpiándole el vestido con el pañuelo.) ¡Si te hubieras separado como te dije! ¡Un traje nuevo!...

FELIPE. -¿Qué es eso?

RAMONCITO. ¡Papá! Ha sido sin querer.

ZACARÍAS. -(A FELIPE sonriendo forzosamente.) No es nada, no es nada. (¡Acabado de estrenar!)

FELIPE. -(Riñendo a su hijo.) Siempre has de darte a conocer en todas partes.

SEÑORA 1.^a. -No le riña usted. (A FELIPE.) No merece la pena.

RAMONCITO. -Por no caerme...

ZACARÍAS. -(¡Así te hubieras estrellado!) (A FELIPE.) No es nada.

ADOLFITO. -¡El muy presumido! Por mirarse en el espejo le ha embadurnado a Rosita todo el traje con el dulce mascado.

(LEÓN acude a este grupo para enterarse de lo que ocurre.)

NIÑO 1.º. ¡Si no para de mirarse en toda la noche!

NIÑO 2.º. -Yo se lo diré a mi papá para que le ponga preso.

FELIPE. -(A su hijo.) ¿Tú te has propuesto avergonzarme delante de las gentes? ¿No sabes que eso es una vanidad ridícula, que sienta muy mal en un hombre? Cuidado con que vuelva a ver que te miras a un espejo. (A ZACARÍAS.) Ruego a usted que dispense...

ZACARÍAS. (.Desde su asiento) Si no es nada, no es nada.

FELIPE. -(A RAMÓN.) Ahí quieto sin moverse de la silla.

ROSITA. -¡Un vestido tan bonito! ¡Cuánto lo siento!

LEÓN. -¡Hija! Más lo sentirá tu papá.

ROSITA. -No, si papá no paga estas cosas.

LEÓN. -¡Cómo!

ROSITA. -Los trajes salen de los ahorros de mamá.

LEÓN -¡Ah!

FELIPE. -(A LEÓN, separándole del corro de los niños, y señalándole a LUISA.) Mírela usted, mírela usted como coquetea con González.

LEÓN. -Es natural, amigo mío. Luisa desea salir de su estado de viuda, y González, como hombre soltero, le ofrece más probabilidades que usted, que arrastra el apéndice, conyugal.

FELIPE. -Sin embargo, su conducta para conmigo...

LEÓN. -Es la de toda mujer que trata de distraer su aburrimiento.

FELIPE. -Pero, francamente, usted opina que él merece...

LEÓN. -Yo, la verdad, optaría por usted aun con el apéndice y todo.

FELIPE. -Gracias.

LEÓN. -Pero ese hombre es terrible. Sabe Dios lo que le habrá contado a Luisa de usted. Yo estoy plenamente convencido de que no le ha dado a usted la cruz para que no tuviese a los ojos de ella ese mérito más.

FELIPE. -Es muy posible.

LEÓN. -Y hasta le supongo autor de la especie que circula por allí de que Guadalupe no se ha presentado en los salones despechada por no haber sido usted condecorado.

FELIPE. -¡Qué hombre!

LEÓN. -Es capaz de todo. ¡En fin, se atreve a sostener que no le he hecho yo ganar la elección por quinientos votos! No te puedo ver ni pintado. Permítame usted, me llama aquella señora. (Se va al extremo derecho, sentándose junto a la SEÑORA 4.^a, que ocupa el primer término.)

FELIPE. -(No cabe duda; es una alma mezquina y se venga de ese modo rastrero...)

SEÑORA 4.^a. -(A LEÓN.) ¿Pero está realmente enferma?

LEÓN. -(A la SEÑORA 4.^a.) Goza de una cabal salud. Sino que González le había ofrecido una encomienda a su marido: y como no... (Sigue hablando con ella. El CABALLERO 1.^o, que está sentado junto a la SEÑORA 4.^a, toma un sorbete que le sirve un criado.)

FELIPE. -(¡Son incomprensibles las mujeres! ¡Irse a fijar en ese hombre que no tiene ninguna condición para agradar. Me parece que entre él y yo hay alguna diferencia!) (Haciendo lo posible por mirarse en un espejo sin ser notado de los demás. Su hijo espía todos sus movimientos.) En primer lugar, más esbeltez, más distinción en la figura. Verdad es que me falta lo principal; una placa aquí; una placa aquí. (Haciendo el movimiento de señalarse el costado izquierdo, y mirándose simultáneamente al espejo, no repara en el CABALLERO 1.^o cuyo brazo sacude, a pesar suyo, derribándole el sorbete que tiene en la mano sobre el vestido de la SEÑORA 1.^a.)

SEÑORA 1.^a. -¡Ay! (Limpiándose.)

CABALLERO 1.^o. -Señora, ha sido este caballero quien... (Por FELIPE.)

ZACARÍAS. -(¡Pues es de familia!)

FELIPE. -Estoy confundido...

SEÑORA. 1.^a. -La cosa no vale la pena.

ZACARÍAS. -(Esforzándose por sonreír.) ¡No es nada! ¡No es nada! (¡Y dicen que los bailes son para divertirse!...)

FELIPE. -Tropecé al pasar...

RAMONCITO. -(A su padre.) ¡Sí! Tropezaste! Que te estabas mirando al espejo. Y luego me riñes a mí...

FELIPE. -(A RAMONCITO.) ¡Niño! ¡Te voy a poner una mordaza! (A la SEÑORA 1.^a.) No sé cómo disculparme con usted. (Continúa hablando con ella.)

CONDESA. -(Dirigiéndose a los niños.) Y bien, señores niños, ¿han ustedes ya descansado?

ALGUNOS NIÑOS. -Sí, señora.

CONDESA. -Pues prepárense ustedes, que a presente van a balar unos pequeños lanseros.

(Movimiento en los niños buscando sus parejas.)

CONDESA. -Vamos, mis niños, que el jefe del orquestro tiene ya la bagueta a la mano.

RAMONCITO. -(A ROSITA.) ¿Supongo que esta vez bailarás conmigo?

ROSITA. -Pues, no señor; bailo con Adolfo.

RAMONCITO. -¿Con Adolfo? Eso será lo que tase un sastre.

ADOLFITO. -Está comprometida.

RAMONCITO. -(A ROSITA.) ¿Y por qué no has de bailar conmigo?

ROSITA. -Ya te he dicho que me gusta más Adolfo porque tiene la medalla.

RAMONCITO. -(A ADOLFITO, encolerizado.) ¿Lo ves? Me desprecia por tu culpa. Si me hubieras dado premio como me dijiste... ¡Pillo, pilló!

ADOLFITO. -Mira, Ramoncito, a mi no me insultes.

NIÑO 1.º. -(A ADOLFITO.) ¿Tú le puedes?

RAMONCITO. -¡Qué me ha de poder!

ADOLFITO. -Sobre todo, si no tienes medalla no es por culpa mía.

ROSITA. -¡Por qué no estudia!

ADOLFITO. -¡Como eres tan holgazán!...

NIÑA 1.ª. -(A RAMONCITO.) Le ha llamado a usted holgazán.

RAMONCITO. -¿A mi? (Encarándose con ADOLFITO.) Repítelo, anda, repítelo.

ADOLFITO. -¿Holgazán?, ¡sí señor, holgazán!

RAMONCITO. -¿Yo? Toma. (Le da un bofetón y se ponen a reñir a brazo partido.)

ADOLFITO. -¡Tío! ¡Tío!

FELIPE. -(Conteniendo a su hijo.) ¡Niño!

LEÓN. -(Ídem a su sobrino.) ¡Adolfo!

ZACARÍAS. -(A ROSITA.) Cuidado, no te rompan el vestido.

CONDESA. -¿Qué arriba?

CONDE. -¡Mon Dieu!

UNOS. -¡Qué escándalo!

OTROS. -¡Se pegan!

(Confusión general. Estas frases son casi simultáneas. Los convidados se levantan de sus asientos, y unos ayudan a separar a los contendientes, mientras otros celebran entre si lo cómico del suceso. Los niños cuentan a los mayores la causa de la reyerta, y FELIPE es el único, que tomando el asunto por lo serio se muestra muy avergonzado y confuso por ser su hijo el héroe del suceso.)

CONDESA. -Mais, ¿por qué se baten ustedes?...

LEÓN. -¿Qué ha ocurrido? ¿Te ha estropeado la medalla? (A ADOLFITO.)

NIÑO 1.º. -Éste que lo ha llamado holgazán.

NIÑA 2.ª. -No, señor. Es que Rosita era novia de Ramón y Adolfo se la ha quitado.

NIÑA 2.ª. -Diga usted que éste (Por ADOLFITO.) le ha dicho que su mamá no venía al baile porque no le habían dado una cruz a don Felipe.

CONDE. -Es preciso que ustedes hasen la pas. (Cada frase de los niños es recibida por cada uno de los circundantes con una sonrisa. La última produce un rumor sordo.)

FELIPE. -¡Señores! Estoy corrido, avergonzado. Permítanme ustedes que me retire... (Queriendo llevarse a RAMONCITO.)

CONDE. -(Deteniéndole.) ¡No faltaba que eso!

CONDESA. -¿Pero hase usted atención a una cosa que es de niños? ¡Já, já, já! No lo tome usted tan seriamente.

FELIPE. -Se ha propuesto ponerme en ridículo allá a donde va.

CABALLERO 1.º -No haga usted caso.

GONZÁLEZ. -Exagera usted.

SEÑORA. 2.ª. -¡Da usted demasiada importancia al hecho!

LUISA. -¡Una niñería! ¡Un detalle puramente cómico!...

RAMONCITO. -(Muy grave.) Papá: ha mancillado mi honor.

TODOS. -¡Já, já, já!

ZACARÍAS. -(A ROSITA.) Ya te decía yo que bailases con el hijo del señor gobernador.

FELIPE. -(A RAMONCITO.) Más valiera que en vez de volver por él de ese modo, comprendiese usted que con ello es usted quien le mancilla, puesto que estos señores creerán que sus padres no se toman el menor interés por su educación.

TODOS. -¡Oh! No.

CONDE. -Pero, mi amigo, ya serán hombres, y comprenderán la razón. Esto es propio a la edad.

FELIPE. -¡Armar semejante escándalo en una casa donde tan dignamente se le recibe!

CONDESA. -¡Vaya, vaya! Todo es acabado. A balar; a balar... (Al CONDE.) (¡Plus d'enfants, mon cher, plus d'enfant!)

CONDE. -(A la CONDESA.) Sois tranquille. J'en ai assez.

(Los convidados vuelven a ocupar sus sitios, y algunos niños, entre ellos RAMÓN, se disponen a bailar.)

FELIPE. -(Viendo a su hijo.) ¿A dónde va usted?

RAMONCITO. -Toma, a bailar.

FELIPE. -¡Tenga usted más vergüenza! Cuando un hombre da un espectáculo semejante, se mete en un rincón y no aumenta el ridículo poniéndose a hacer piruetas y cabriolas delante de las gentes. (Le empuja hacia una silla.)

LEÓN. -(Haciendo lo propio con su sobrino.) Tienes razón, Felipe. A sentarte tú también.

ZACARÍAS. -(Llamando a su hijo.) ¿Rosita? Aquí.

NIÑA 2.^a. -Pues si tú no bailas, yo tampoco. (Se sienta.)

NIÑA 1.^a. -Ni yo. (Ídem.)

NIÑO 2.^o. -Pues yo tampoco. (Ídem.)

LOS DEMÁS NIÑOS. -Ni yo. (Todos los niños se sientan; los convidados celebran la ocurrencia.)

CONDE. -Mon Dieu, mon Dieu. ¿Esto es posible?

CONDESA. -Más vale que se apesen un poco los espíritus. Usted tiene la culpa de todo, pequeño pícaro. (A FELIPE, que se sienta a su lado.) Hase usted un monte de un grano de sable.

FELIPE. -No lo crea usted, señora; la prueba es que me río de ello; pero al pronto no se puede remediar...

(Los niños están callados; los convidados hablan, pero en voz baja, como recordando el suceso y sus consecuencias, dejando oír a intervalos las siguientes cortadas frases en los diferentes grupos.)

SEÑORA 2.^a. -Ha tenido gracia.

SEÑORA 4.^a. -Hemos aprendido algo.

CABALLERO 2.^o. -Y se sacudían con alma.

LEÓN. -La otra tarde presencié yo una cachetina yendo a Palacio.

GONZÁLEZ. -Ese niño acabará en un cadalso si no le corrigen. (Gran pausa.)

CONDESA. -¡Pero estamos en un simetiero! ¡Una idea! Mientras los pequenos niños se reposan podíamos balar un poco las grandes personas.

UNOS. -Con mucho gusto.

OTROS. -Bien pensado.

CONDESA. -Pues nada, señores, a buscar una pareco.

(Los caballeros invitan a las señoras, pero sin moverlas de sus asientos. El CONDE ocupa un sofá en el primer término de la derecha, teniendo a su lado a GONZÁLEZ; LEÓN, después de invitar a LUISA, pasa a la derecha del CONDE.)

ZACARÍAS. -(A su amigo.) ¿Qué hay de la mancha, Arsenia?

SEÑORA 1.^a. -(Muy incomodada.) ¡Mulas! ¡Tienes unas ocurrencias!

FELIPE. -(A LUISA.) Supongo que me dispensará usted el honor de servirla de caballero...

LUISA. -¡Ay! Felipe ¡Cuanto lo siento!... Estoy comprometida con el comendador.

FELIPE. -¿Con León? Pero usted me había ofrecido...

LUISA. -Dispéñeme usted; yo no indiqué turno... Por otra parte usted comprenderá que en justicia debo hacerlo. (Con marcada intención.) Si usted ostentase una encomienda en el frac, también desearía verla honrada...

FELIPE. -(Retirándose despechado.) Tiene usted razón, señora (El epigrama no puede estar más terminante. Y en realidad esta humillación no se la debo más que a González, a este hombre funesto que... (Dirigiéndose a él de modo tan marcado, que GONZÁLEZ al verle llegar juzga que trata de decirle alguna cosa, y se vuelve a escucharle ofreciéndole la silla vacía que está a su izquierda y que FELIPE ocupa.)

GONZÁLEZ. -¿Y bien?

FELIPE. -Antes... no he recordado decirle a usted (Pensando algo que protestar.) que... he hablado con el marido de Adelita sobre el asunto de aquellas luces y... no opina como yo.

GONZÁLEZ. -¿Cómo?

FELIPE. -Niega en absoluto su consentimiento.

GONZÁLEZ. -¿Después de haberme dado su palabra?

FELIPE. -(Con intención.) No es el primero que falta a la suya.

GONZÁLEZ. -Dejando aparte la alusión, yo me refiero al marido de Adelita, a quien vi esta mañana, y de quien obtuve el consentimiento.

FELIPE. -¡Ah! ¿Usted vio a...

GONZÁLEZ. -Sí, señor: y deploro que un pueril resentimiento le ponga a usted en evidencia a mis ojos.

FELIPE. -¡Cómo! ¿Usted cree que... (Agriando el tono por puntos.)

GONZÁLEZ. -Creo que dando poco crédito a mis palabras se venga usted por no ver satisfecha una ridícula vanidad.

FELIPE. -¿Se servirá usted explicarme ese lenguaje?

CONDE. -(En voz baja.) ¡Señores, señores! ¡Sean ustedes sabios!

LEÓN. -(Pasando al lado de FELIPE.) Calma, Felipe, calma.

GONZÁLEZ. -Puesto que usted lo desea, le diré, que cifrando en un pedazo de metal bastardas aspiraciones, ha juzgado de la virtud de una señora por la pequeñez de sus propios sentimientos.

FELIPE. -¿Usted no sabe que yo pago cuantas lecciones se me dan?

CONDE. -Mais, señores...

LEÓN. -Por Dios, que no se entere nadie...

GONZÁLEZ. -Pues ponga usted precio a esta. El hombre que desatiende los deberes de la familia, es un infame.

FELIPE. -(Arrojándose sobre él y sacudiéndole con violencia.) ¡Miserable!

TODOS. -¿Eh? (Haciendo un pequeño movimiento sin acabar de levantarse y volviéndose a sentar al oír la frase con que el CONDE riendo palia el incidente.)

CONDE. -(Fingiéndose.) ¡Já, já, já! ¿Y so como esto? Estuvo gracioso. (A GONZÁLEZ y FELIPE.) Están ustedes en mi casa y les defiendo el escándalo.

FELIPE. -(Al CONDE.) Tiene usted razón. (A GONZÁLEZ, señalando a LEÓN.) Este caballero se entenderá con quien usted designare.

LEÓN. -¿Yo?

GONZÁLEZ. -(A FELIPE.) Puede ponerse a las órdenes del señor Lambert, si me dispensa este obsequio.

CONDE. -(A ellos.) Voluntario, voluntario. Pero a presente como si nada había sucedido. Ustedes quietos aquí. (Dirigiéndose a la CONDESA y, en alta voz.) Condesa. ¿No se danza? (Se queda hablando con ellas en voz baja. FELIPE y GONZÁLEZ ocupan sus puestos sin hablarse, y LEÓN pasa al primer término opuesto.)

SEÑORA 1.^a. -(Con gran interés a LEÓN.) Diga usted, ¿qué ha sido eso?

LEÓN. -Un pequeño incidente.

CABALLERO 1.^o. -¿Pero de consecuencias?

LEÓN. -No sabemos aún... (Varios caballeros escuchan y van a llevar la noticia al corro formado en el centro.)

SEÑORA 2.^a. -(En el corro del centro hablando con unos caballeros procedentes del de la izquierda.) ¡Ah! Le ha dado un bofetón.

SEÑORA 3.^a. -¡Entonces el caso es grave!

CABALLERO 2.^o. -No, si el ruido ya indicaba lo que era.

(Varios caballeros del grupo de la derecha han venido a escuchar, y llevan la noticia a su sección.)

CABALLERO. -(En el corro de la derecha.) González fue el que dio la bofetada.

SEÑORA 4.^a. -¡Ya! Y Felipe el que sacó el revólver?

CABALLERO 3.^o. -Eso es.

CABALLERO 1.^o. y ZACARÍAS. -¡Es verdad!

CONDESA. -¡Ea! Señores, a balar. (Dirigiéndose a FELIPE.) Usted me servirá de caballero.

FELIPE. -Con mucho gusto.

(La orquesta ejecuta una redova que bailan LEÓN con LUISA, FELIPE con la CONDESA, GONZÁLEZ y el CONDE con otras señoras de la reunión, y los demás circunstantes con sus parejas respectivas.)

NIÑO 1.^o. -(A RAMONCITO.) Por ahí dicen que tu papá y González se han pegado de bofetones.

RAMONCITO. -Mentira; porque mi papá me ha dicho, que cuando los hombres se pegan no se ponen a bailar para hacer un papel ridículo, y él está bailando.

CONDESA. -(Bailando en primer término con FELIPE.) Espero que el lance de que me ha hablado el Conde no tendrá efecto.

FELIPE. -(Bailando siempre.) Señora, ha mancillado mi honor y yo por nada del mundo me pongo en ridículo.

CONDESA. -¿Y no teme usted ponerse más aun con lo que el mundo invente? (Descansando un momento sin desasirse de los brazos de FELIPE, a sazón que GONZÁLEZ con su pareja hace también un pequeño alto junto a ellos.)

FELIPE. -¡Condesa! Es preciso batirse.

GONZÁLEZ. -Sí; es preciso.

FELIPE. -(Con ira comprimida.) ¡Oh! (A GONZÁLEZ en el momento de volver a romper el baile con la CONDESA.) ¡A muerte!

GONZÁLEZ. -(A FELIPE, reanudando el baile y cruzándose con él.) ¡A muerte!

(Dese a este juego toda la fuerza cómica posible, y verifíquese diciendo la frase A muerte, en el instante, de columpiare para continuar bailando, a fin de que resalte perfectamente todo el ridículo que se desprende de pronunciar una palabra tan grave momento tan inoportuno. La redova prosigue y cae el telón.)

Acto tercero

La misma decoración del acto primero.

Escena I

GUADALUPE y FELIPE.

GUADALUPE. -Por más que te esfuerces en negarlo, no me cabe duda de que algo te ha sucedido.

FELIPE. -Te repito, Guadalupe, que nada me ha pasado digno de mención.

GUADALUPE. -Entonces, ¿por qué estás tan cabizbajo? ¡tan triste!

FELIPE. -Estoy como todos los días. Yo no sé qué quieres que tenga. Como no coja unas castañuelas y me ponga bailar el bolero por darte gusto...

GUADALUPE. -¿No te divertiste anoche?

FELIPE. -Mucho. En primer lugar, tu hijo, por no perder la costumbre, me puso en ridículo cuantas veces tuvo ocasión. Después el espectáculo de que te he hablado; empezar a cachetes con Adolfo como un pillete de playa. En cuanto te eche la vista encima, yo le diré cuántas son cinco.

GUADALUPE. -No, hablando formalmente; es preciso tomar con él una determinación enérgica. Está muy mal criado.

FELIPE. -Allí le puso el traje hecho una lástima a la pobre Rosita.

GUADALUPE. -¿León sería el héroe de la fiesta?...

FELIPE. -No sé, hija; me aburrí tanto, que no tuve humor fijarme en... Luego sin saber qué decir a las gentes para cohonestar tu ausencia... Te suplico que no repitas esos arranques de mal humor.

GUADALUPE. -Lo siento, Felipe; pero tengo ya formada mi resolución. Y mientras no te crucen...

FELIPE. -(La cara ya la tuve anoche bien expuesta.)

GUADALUPE. -Por supuesto, no cuentas conmigo para el concierto del martes.

FELIPE. -(¡Sabe Dios dónde estaré yo el martes!) Mujer, yo quisiera ir...

GUADALUPE. -Irás solo.

FELIPE. -¿Pero es que pretendes que solicite una condecoración anunciándome en los periódicos como las amas de cría?

GUADALUPE. -Hazlo como quieras: pero hazlo. Yo quiero verte con una cruz.

FELIPE. -Pues mañana me colgaré de la levita la partida de matrimonio, y te convencerás de que no la hay más pesada que la de la real y distinguida orden de doña Guadalupe.

Escena II

DICHOS y RAMONCITO.

FELIPE. -(Viéndolo.) ¡Cómo! ¿No has ido tú hoy al colegio?

RAMONCITO. -No.

GUADALUPE. -Estaría cansado de anoche.

RAMONCITO. Es que tampoco quiero volver más.

FELIPE. -¡Bravo! ¿Y se puede saber la causa?

RAMONCITO. -Porque no quiero encontrarme con Adolfo.

GUADALUPE. -¡Hombre! ¿Aún le guardas rencor?

RAMONCITO. -Rencor, no; anoche ya me desahogué.

FELIPE. -Entonces...

RAMONCITO. -Es... que tengo miedo de que me pegue.

GUADALUPE. -¡Jesús!

FELIPE. -¿Después de haberle dado tú de mojicones?

RAMONCITO. -Sí, pero eso lo hice porque estaba Rosita delante y no quise que me creyera un cobardón.

FELIPE. -No está mal. Es decir que por vanidad se puede uno dejar romper la crisma, pero luego...

GUADALUPE. -No le falta razón...

RAMONCITO. -Es que Adolfito tiene mucha fuerza y si quiere me aplasta de un puñetazo.

FELIPE. -¡Vanidoso y cobarde! Bien, me gusta.

RAMONCITO. -Es claro, ¡como tú no has de llevar los golpes!... A fe, a fe, que si tuvieras que batirte con alguien no te haría gracia el pensar que tu enemigo te podía meter la espada por la barriga.

FELIPE. -¡Ay! (Contrayéndose como si experimentase el dolor.) ¡Ay! ¡Dios mío! Calla, calla. Prefiero que te llamen cobarde.

GUADALUPE. -(A su marido.) Yo no sé cómo sois los hombres, que se os importa un bledo de la vida.

FELIPE. -No hay más remedio. El valor el hombre lo que el rubor a la mujer; o se tiene o se finge. Este le dio anoche de bofetones a Adolfito porque le llamó holgazán, y debe sufrir las consecuencias ya que no supo contenerse cuando, en resumen, le decían una verdad como un templo.

GUADALUPE. -Vamos, que si a ti te hubiesen hecho la ofensa, por más verdad que encerrase, no hubieras dejado de pedir satisfacción.

FELIPE. -Es claro.

GUADALUPE. -Y con todo, hoy no estarías tan alegre al pensar que podían dejarte tieso de un balazo.

FELIPE. -(¡Dale con los augurios!)

GUADALUPE. -No, no, hijo de mis entrañas. Tú y yo iremos a casa de Adolfo y verás como todo se compone.

FELIPE. -Pues, no señor. Se pondrá el sombrero y se vendrá conmigo al colegio.

RAMONCITO. -(Esquivándole.) ¡Ay! No, no, Papá.

GUADALUPE. -Déjale, Felipe, cuando sea hombre ya será valiente.

FELIPE. -(Tratando de cogerle.) No faltaba otra cosa.

LEÓN. -(Entrando a remolque a su sobrino, que pugna por retroceder.) Vamos, entra, entra...

RAMONCITO. -(Viéndole.) ¡Ay! ¡Adolfo! (Vase corriendo a su cuarto.)

Escena III

GUADALUPE, FELIPE, LEÓN y ADOLFITO.

ADOLFITO. -(Tirando de su tío.) ¿Lo ves? Vámonos, que ha ido por el revólver que se quería comprar para matarme.

FELIPE. -Pero ¿qué es eso?

LEÓN. -Mi sobrino, que tiene un miedo cerval de presentarse ante su hijo de usted.

GUADALUPE. -También este...

FELIPE. -¿Es posible?

LEÓN. -No ha consentido de ningún modo en que le llevaran al colegio, y sólo yendo yo en persona a ver al director para arreglar cierto asunto pendiente con Ramoncito, de que éste (Por ADOLFITO.) Me ha enterado, ha accedido a venir a esta casa, si bien desde el portal ya quería retroceder.

FELIPE. -Pues lo mismo nos pasa con el nuestro.

ADOLFITO. -(Envalentonándose.) ¡Ah! ¡Conque me teme!

GUADALUPE. -En cuanto ha visto a Adolfo se ha echado a correr como un gamo creyendo que iba a pegarle.

LEÓN. -No está mal.

ADOLFITO. -(Gritando desde la puerta por donde se fue RAMONCITO.) ¿Por qué te escondes gallina? Sal, cobarde, que aquí te aguardo.

LEÓN. -Ahora gallea por lo que les ha oído a ustedes.

ADOLFITO. -(Retrocediendo asustado.) ¡Ay! que viene...

FELIPE. -¡Qué feo! ¡Qué feo es eso!...

LEÓN. -Y tanto.

GUADALUPE. -Ustedes profesen las teorías que gusten; yo sigo mi sistema. Ven, hijo mío, ven y lo arreglaremos todo en paz y en gracia de Dios.

ADOLFITO. -¿Y si me pega?

GUADALUPE. -¡Qué te ha de pegar, tonto!

LEÓN. -Anda, babioca.

FELIPE. -No las tiene todas consigo.

ADOLFITO. -(A GUADALUPE.) ¿Se ha comprado el revólver?

GUADALUPE. -No.

ADOLFITO. -(Retrocediendo.) La cortina se mueve.

GUADALUPE. -Es del viento. Ven.

ADOLFITO. -Usted delante será mejor. (Vase con GUADALUPE haciéndola pasar delante y escondiéndose entre los pliegues de la falda.)

Escena IV

FELIPE y LEÓN.

FELIPE. -Y bien, León, ¿Ha visto usted a Mr. Lambert?

LEÓN. -No, pienso ir dentro de unos instantes.

FELIPE. -Es preciso que hoy mismo quede terminado ese asunto. ¿Creo no haber apelado vanamente a la amistad de usted?

LEÓN. -¡Hombre! Por Dios; ¿habíamos de dejar que se matasen ustedes por una fruslería?..

FELIPE. -Usted ya sabe que en los primeros momentos uno no es dueño de sí mismo...

LEÓN. -Y que la frase no fue tan injuriosa como usted supuso. González habló en tesis general de los maridos que olvidan sus deberes, pero eso no era decir que usted fuese uno de tantos.

FELIPE. -Es verdad.

LEÓN. -Nada, nada; esté usted tranquilo, que la cosa no traerá consecuencias.

FELIPE. -¡Ay! Qué peso me quita usted de encima. No crea usted que es miedo, de ningún modo; sino que en circunstancias, así extremas, se le ocurre a uno la familia, la orfandad en que puede sumir a sus hijos si el adversario tiene la fortuna de atravesarle a uno de una estocada.

LEÓN. -Es natural. En fin, yo le respondo a usted de que saldremos del paso con un desafío a primera sangre.

FELIPE. -(Asombrado.) ¡Cómo!

LEÓN. -No sea usted exigente. Basta con eso para lavar la ofensa.

FELIPE. -No, si es que me parece demasiado...

LEÓN. -¿A primera sangre?

FELIPE. -Sí; porque puede ser la última, si me la saca de los pulmones o del cerebro.

LEÓN. -¡Hombre! Si eso es el a b c de los desafíos.

FELIPE. -Pues crea usted que maldito lo que deseo aprender ese alfabeto. Nos podemos matar por equivocación queriendo hacernos un rasguño y luego... yo no me podría consolar de la muerte de González.

LEÓN. -No. Con sables despuntados y sin filo...

FELIPE. -Eso es una ridiculez. ¿Hemos de ir a batirnos con la espada de Bernardo? Las cosas se hacen de veras o no se hacen.

LEÓN. -Si es que usted rehuye el lance...

FELIPE. -Yo no es que tenga miedo; sino que me hace poquísima gracia el ir a que me dividan de un tajo, por haber oído una frase que, en honor de la verdad, no carecía de razón.

LEÓN. Si usted prefiere humillarse a su adversario dándole semejantes explicaciones.

FELIPE. -Eso tampoco.

LEÓN. -Pues, Felipe...

FELIPE. -¿Entonces de qué sirven ustedes los padrinos? Si no son buenos más que para asistir al espectáculo, con anunciar el duelo en la plaza de los toros a beneficio de la familia del perjudicado, se sacaría muchísimo más provecho. En vez de evitar la colisión, hacen ustedes como los aficionados a las peleas de gallos, que cometen herejías con los contendientes para estimularlos a la lucha por el solo placer de exclamar al oír un victorioso quiquiriquí: «Ese es mi gallo.»

LEÓN. -En fin yo veré a Mr. Lambert y ...

FELIPE. -Ahora no vaya a usted a decirle que yo...

LEÓN. -¡Quiere usted callar! ¿Y Guadalupe, tiene noticia de lo ocurrido?

FELIPE. -Ni la menor sospecha. ¡Por Dios que no se le escape a usted!...

LEÓN. -No soy ningún niño.

Escena V

DICHOS y GUADALUPE.

GUADALUPE. -Felipe. A ver si tú puedes convencer a Ramón.

FELIPE. -¿Pues?...

GUADALUPE. -Que huyendo se ha metido debajo de la cama, y no le puedo sacar de allí por observaciones que le hago...

LEÓN. -¡Já, já, já!

FELIPE. -¿Y Adolfo?

GUADALUPE. -Escondido entre los pliegues de las cortinas del salón.

FELIPE. -¡Qué par de héroes! (A LEÓN.) Dispéñseme usted un momento... (Vase.)

LEÓN. -Vaya usted, vaya usted...

Escena VI

GUADALUPE y LEÓN.

LEÓN. -¡Qué chicos!

GUADALUPE. -Crea usted que el mío me hace, pasar Unos ratos...

LEÓN. -Es muy travieso. Anoche sentí mucho que nos privase usted de su presencia; pero por otra parte me alegré, porque hubiera usted sufrido indudablemente.

GUADALUPE. -Ya me ha contado Felipe algunas de sus gracias.

LEÓN. -Su padre, estaba volado, y como el pobre tenía cosas más serias en que pensar...

GUADALUPE. -¿Cómo? (Sobresaltada.)

LEÓN. -¡Ay! No. Quiero decir que...

GUADALUPE. -No, no; León. Ustedes me ocultan algo...

LEÓN. -Crea usted que...

GUADALUPE. -La tristeza de mi marido; la frase que inadvertidamente ha dejado usted escapar... ¡Por Dios! Hable usted.

LEÓN. -¡Señora! es muy grave...

GUADALUPE. -Se lo suplico.

LEÓN. -Pues bien. Resérveselo usted, pero sepa que Felipe tiene un duelo pendiente con González.

GUADALUPE. -(Horrorizada.) ¡Jesús!

LEÓN. -Tranquílcese usted, que veremos de arreglarlo.

GUADALUPE. -Pero ¿por qué ha sido? ¡Ay! Yo no sé lo que me pasa.

LEÓN. -Por celos; Felipe ha sabido que González tenía sobre usted miras poco honrosas y...

GUADALUPE. -¿Quién ha inventado semejante calumnia?

LEÓN. -Eso es lo que yo me pregunto. ¿Quién lo ha inventado?

GUADALUPE. -Ese hombre no ha hecho más que usar conmigo de galanterías triviales; y de haberse permitido el menor abuso, sabe Felipe que su mujer le hubiera mantenido a los límites de la conveniencia.

LEÓN. -Si eso no cabe en cabeza humana. ¡Una señora tan digna como usted! ¡Tan buena esposa! ¡Tan buena madre! ¡Vamos! Hay lenguas viperinas que...

GUADALUPE. -Corro a decirle que eso es absurdo; que ese desafío no puede tener lugar.

LEÓN. -No. Deténgase usted; no le diga una palabra, porque podría usted comprometer el buen resultado que me propongo. Yo estoy encargado de las negociaciones, y le aseguro a usted que su marido no se batirá.

GUADALUPE. -¿De veras?

LEÓN. -¿De qué serviríamos entonces los padrinos?

GUADALUPE. -Bien, no despegaré mis labios; pero déjeme usted al menos que no me separe de su lado, que espíe todos sus movimientos, que impida, en fin, que acuda a esa cita de muerte.

LEÓN. -¡Mucha prudencia!

GUADALUPE. -¡Oh! Callaré, callaré. (Vase.)

LEÓN. -¡Ya decía yo que Guadalupe no podía hacerle caso!

Escena VII

LEÓN y el CONDE.

LEÓN -(Viéndole.) ¡Oh! ¡Monsieur Lambert!

CONDE. -Se me ha dicho en casa de usted que era, usted venido aquí.

LEÓN. -Dentro de un instante pensaba yo ir a la suya.

CONDE. -¿Y don Filipe?

LEÓN. Por allá adentro bregando con su hijo.

CONDE. -¡Ah! Ese caballerito es un pequeño polisonte. ¿Vio usted anoche qué tepaje?

LEÓN. -No fue malo el escándalo que dieron los dos.

CONDE. -A propósito de nuestro negocio. ¿Me parece que usted será del mismo aviso que yo? Esos hombres se son llamados en duelo por una tontería, y nosotros debemos defender que vayan al terreno.

LEÓN. -Tal es mi opinión.

CONDE. -Haremos todo nuestro posible.

LEÓN. -Yo le respondo a usted del éxito por mi parte; porque, y reservéelo usted, pues sólo se lo digo para facilitar nuestros medios de acción, Felipe no me parece que está muy inclinado a tomar las armas para defender su honra.

CONDE. -¿Es posible esto?

LEÓN. -Creo, en una palabra, que tiene miedo.

CONDE. -Mon Dieu, mon Dieu, mon Dieu! ¡Si me sucede a mi la misma cosa con el señor de Gonsáles!

LEÓN. -¿De veras?

CONDE. -Por tanto, ¡usted no diga nada!...

LEÓN. -¡Oh!

CONDE. -¿Sabe usted qué haseremos? Trair aquí a Gonsáles, qui se entienda con don Filipe.

LEÓN. -No quería venir.

CONDE. -Usted me acompañará, y entre los dos buscaremos un pretexto. Se puede desirle que Guadalupe se [Falta en el original.]ada del desafío, y que por quitar sospechas convien... En fin, no importa qué, pero yo no tolero que nos juzguen de la suerte hasiéndonos blanco del ridículo del mundo.

LEÓN. -Como usted guste, estoy a sus órdenes.

Escena VIII

DICHOS, GUADALUPE y FELIPE.

FELIPE. -Ahora dejémoslos solos, que ellos se compondrán. (Viendo al CONDE.) ¡Oh! Monsieur Lambert.

CONDE. -Buenos días, y adiós. Soy venido solamente pur buscar León.

GUADALUPE. -¿Tan pronto nos deja usted?

CONDE. -Reviendremos, reviendremos. (A GUADALUPE.) Anoche, señora, la hemos sentido a usted mucho. (Se quedan hablando en voz baja.)

LEÓN. -(Aparte a FELIPE.) Le advierto a usted que Guadalupe lo sabe todo.

FELIPE. -¡Cómo!

LEÓN. -Conoce perfectamente la verdadera causa del duelo.

FELIPE. -Pero ¿quién ha podido?

CONDE. -(A LEÓN.) ¿Vamos, señor?

LEÓN. -Cuando usted mande.

CONDE. -(Despidiéndose.) Señora don Filipe, a muy pronto.

LEÓN. -(Despidiéndose.) ¡Guadalupe! (Aparte a ella.) Ni una palabra. ¿Eh? Adiós, Felipe. (Alto a éste dándole la mano.)

FELIPE. -(Aparte a LEÓN interrogándole.) Pero...

LEÓN. -(Aparte a FELIPE.) Todo; lo sabe todo. (Vase con el CONDE.)

Escena XI

GUADALUPE y FELIPE.

FELIPE. -(Ya no podía ella ver a Luisa ni pintada, con que ahora no sé si, con razón, me pondrá de vuelta y media.)

GUADALUPE. -(Muy cariñosa.) ¡Felipe!

FELIPE. -¡Guadalupe! (Extrañando.)

GUADALUPE. -Siéntate aquí, a mi lado. (Se sientan los dos.)

FELIPE. -(Pues señor, no lo entiendo.)

GUADALUPE. -Debía estar muy enfadada contigo; pero te quiero tanto, que paso en silencio el daño que me infieres para no ocuparme sino del que tú experimentas.

FELIPE. -(Conmovido.) ¡Pobrecilla! ¡Qué alma tan angelical!... Olvida lo de Luisa para atender tan sólo al riesgo en que me hallo.) Créeme, hija mía, que aprecio en todo lo que vale tu abnegación.

GUADALUPE. -Mira. Yo sé lo que sois los hombres, y conozco que muchas veces no podéis dominar vuestros instintos.

FELIPE. -Tienes razón: nos dejamos resbalar insensiblemente y... damos al olvido que tenemos deberes más sagrados que cumplir.

GUADALUPE. -Yo comprendo que la sociedad lo exige así; que lo han llegado a mirar como artículo de moda.

FELIPE. -Sí; ¡hoy al que no tiene algún... belén de esos se le mira por encima del hombro!...

GUADALUPE. -Y si lo pensárais fríamente ¿cómo es posible que no os contuviérais?...

FELIPE. -¡Toma! Si se pudiera pensar fríamente...

GUADALUPE. -¡Sólo con acordarse del perjuicio que puede acarrear a una familia!...

FELIPE. -No; si cuanto digas es el Evangelio.

GUADALUPE. -(Llorando.) Felipe; ¡por Dios, no te batas!

FELIPE. -Vamos, vamos, tontuela.

GUADALUPE. -Si tengo una angustia desde que lo sé...

FELIPE. -Serénate, serénate, que yo haré por darte gusto.

GUADALUPE. -¡Si me privasen de ti por una causa tan mezquina; por culpa de una persona que tan poco vale comparada contigo!...

FELIPE. -(¡Vamos! ¡Me avergüenza! Tiene un corazón de oro.) Sí, hija mía, sí; he cometido un error del que me arrepiento con toda mi alma.

GUADALUPE. -¡Si hubiera razón para ello!...

FELIPE. -En efecto, no la hay.

GUADALUPE. -Pero señor, no ha pasado de galanterías.

FELIPE. -Pretensiones; ni más ni menos que pretensiones...

GUADALUPE. -Pero rechazadas.

FELIPE. -¡Ah! Desde luego, de otro modo ya habría motivo para... ¡Nada! Que se nos van los pies a los hombres y creemos que en todas partes...

GUADALUPE. -Ya ves: tú mismo lo confiesas...

FELIPE. -Sí, y avergonzado, porque acabas de enseñarme todo el tesoro de bondad que encierra tu corazón. ¡Necio de mí! Hacerte llorar por correr tras de una mujer que no sirve para descalzarte.

GUADALUPE. -¡Cómo! (Comprendiendo su error.)

FELIPE. -Todo porque se viste muy bien y lleva unos trajes muy descotados.

GUADALUPE. -(Con mal reprimida impaciencia.) Pero...

FELIPE. -Yo te juro que no vuelvo a acordarme más del santo del nombre de Luisa.

GUADALUPE. -¡Luisa! (Estallando.) ¡Conque era ella! ¡Tú te batías por...

FELIPE. -(¡Ay! ¡Malo! ¿Qué es esto?) Pero Guadalupe...

GUADALUPE. -Y León me decía que era por tus ridículos celos de González.

FELIPE. -¿León? Pues si él me dijo que...

GUADALUPE. -Y para esto se nos hace guardadoras del honor de nuestros maridos?...

FELIPE. -¡Mujer!

GUADALUPE. -Para que ellos despilfarren en una hora de libertad las economías que una hace en once años de cautiverio.

FELIPE. -¡Guadalupe! tranquilízate, hija. (Pues no era mala abnegación la que yo le supuse.)

GUADALUPE. -¿Tranquilizarme? No, Felipe, todo ha concluido entre nosotros.

FELIPE. -Tu exageras.

GUADALUPE. -Mañana mismo entablo la demanda de divorcio.

FELIPE. -Vamos, dale un abrazo a tu marido y perdónale; no lo hará más.

GUADALUPE. -(Rechazándole.) Déjeme usted, déjeme usted. (Llorando.)

FELIPE. -¡Pero esto es demasiado! Pues si en vez de pretensiones hubieran sido dádivas ¿qué harías?

GUADALUPE. -¡Te mataría! (Amenazándole con las manos crispadas. Vase.)

FELIPE. -(Viendo marchar a su mujer y abandonándose al coraje tras un momento de reflexión.) ¡Hombre! ¿Dónde encontraría yo a León? ¡Qué lástima que no esté aquí León!

Escena X

DICHOS, LEÓN, GONZÁLEZ y el CONDE.

FELIPE. -(Viendo a LEÓN, que entra primero.) ¡Ah! Hele aquí. (¿González en mi casa?) ¡Caballero!

GONZÁLEZ. -(A FELIPE.) ¿Le extrañará a usted sin duda alguna mi presencia en este sitio?

FELIPE. -Ciertamente. Pero puede tomar usted asiento, porque las cuestiones personales no excluyen los deberes de la cortesía.

GONZÁLEZ. -Gracias. (Se sientan todos.)

LEÓN. -(Aparte a FELIPE.) Le advierto a usted que González no está dispuesto a batirse.

FELIPE. -(¡Ah! ¿Sí? Bueno es saberlo.)

GONZÁLEZ. -Mr. Lambert me ha indicado la conveniencia de esta visita, y yo deseando darle a usted una prueba de que no...

CONDE. -(Aparte a GONZÁLEZ.) ¡Hombre! ¡No se deje usted ir! Un poco más de coraje, que ya le he dicho a usted que el enemigo no es un Bayardo.

FELIPE. -Respetando las razones que haya tenido este caballero, (Por el CONDE.) ignoro por mi parte...

CONDE. -Y bien, don Filipe; quitémonos el máscara. Es una pequeña farsa que yo he jugado porque ustedes tenían una entrevista y arreglaban el negocio con pas.

LEÓN. -Sí, señores; es muy doloroso que por cuatro palabras altisonantes dichas inconscientemente, se prive a la sociedad de una persona tan apreciable como cualquiera de entrambos. ¿No opinan ustedes lo mismo en el fondo de su conciencia?

GONZÁLEZ. -Por mi parte confieso que me sería muy doloroso teñir mi espada con sangre de uno que se llamó mi amigo.

FELIPE. -No cedo a nadie la primacía respecto a hidalgos sentimientos; pero ustedes comprenderán que cuando se arrojan a la faz de un hombre honrado frases tan injuriosas como las de ayer, no hay explicaciones posibles. Ciertas ofensas sólo se lavan con sangre, y es preciso que la de uno de nosotros se vierta en el campo del honor (Aparte a LEÓN.) Ahora usted opóngase, tenazmente.

CONDE. -¡Hombre! ¡Hombre!

LEÓN. -Felipe, Felipe. Modifique un poco sus exigencias en gracia de nuestros ruegos.

FELIPE. -(Aparte a LEÓN.) (Así, así va bien.) No insista usted, porque me veré en el caso de desatender sus súplicas. He dicho a muerte y a muerte ha de ser.

LEÓN. -Al menos a primera sangre.

FELIPE. -(Asustado.) No, eso no. (Habla en voz baja con LEÓN.)

GONZÁLEZ. -(Aparte al CONDE.) Ya oye usted. ¿Qué partido tomar si no se aviene ni a que nos rompamos una pierna?

CONDE. -(Aparte a GONZÁLEZ.) Mi aviso es que debe usted hablarle gordas palabras porque otramante es jugar un rol ridículo. (Para seder jamás no es tarde.)

GONZÁLEZ. -(Aparte al CONDE.) Tiene usted razón. (Sacaré fuerzas de flaqueza.) Yo sentiría que el señor Carvajal hubiera supuesto ni por un instante que yo trataba con mis palabras conciliatorias de rehuir un duelo que, nadie sino yo, tiene aquí derecho a exigir.

FELIPE. -(Temeroso.) (¿Eh?)

GONZÁLEZ. -(Creo que ha vacilado.) Por consiguiente sería ocioso el prolongar más esta sesión cuando al parecer estamos perfectamente acordados. Indiquen ustedes... sitio y armas y empleemos el tiempo en tarea más útil. Mr. Lambert, ¿comerá usted conmigo?

CONDE. -(Aparte a GONZÁLEZ.) ¡Bravo! ¡A maravilla! (Se queda hablando en voz baja con GONZÁLEZ.)

FELIPE. -(Aparte a LEÓN.) ¡Pues no es mal miedo el que me tiene!

LEÓN. -(Aparte a FELIPE.) Mr. Lambert me dijo...

FELIPE. -(Aparte a LEÓN.) Usted siempre entiende las cosas al revés. Un hombre que se ocupa de la comida en víspera de un duelo a muerte...

GONZÁLEZ. -(Al CONDE levantándose.) ¿Vamos?

FELIPE. -(Desconcertado.) Un momento, un momento. Yo no acostumbro a ceder en mis pretensiones; pero cuando se cruzan personas tan dignas de respeto como...

GONZÁLEZ. -(¡Qué blando está!)

FELIPE. -Podían mediar explicaciones de tal naturaleza... que mi honor puesto a salvo...

GONZÁLEZ. -Se las daré a usted cumplidas sobre el terreno.

FELIPE. -No vaya usted a creer que yo hago un empeño irrevocable en batirme...

GONZÁLEZ. -Lo hago yo y es lo mismo.

CONDE. -(Aparte a GONZÁLEZ.) No tire usted mucho demasiado...

FELIPE. -Pero reñir un amigo... con la espada de su... (Aparte a LEÓN.)

LEÓN. -Si al menos a primera sangre...

FELIPE. -(¡Este zoquete piensa que batirse a primera sangre es como arrancarse la primera muela!) No señor. Para eso a muerte.

GONZÁLEZ. -(¡Demonio!) (¡Lo eché a perder!)

FELIPE. -(Mi mujer se divorcia; este me pega un tiro y... dominó.)

Escena XI

DICHOS y GUADALUPE, a poco ADOLFITO y RAMONCITO. Éste con una medalla en la chaqueta.

GUADALUPE. -(Entrando muy decidida.) Acabo de leer la novísima Recopilación y... ¡Ay! (Viéndolos.) ustedes dispensen. He venido a molestar. (¿González aquí?)

CONDE. -Nada de eso, señora; nosotros estábamos en tren de partir...

GONZÁLEZ. -(Saludando.) ¡Señora!

RAMONCITO. -¡Papá! Papá!

FELIPE. -¿Qué es eso? ¿Venís a daros una nueva cachetina delante de nosotros?

ADOLFITO. -¡Qué! Si ya somos amigos.

LEÓN. -¡Hombre!

FELIPE. -¿Pues cómo?...

GUADALUPE. -¿Qué milagro es ese?...

RAMONCITO. -¡Es más buen chico Adolfo! Ha hecho que su tío fuera al colegio y le dijese al director que, el mal que me puso el otro día, me lo había dado equivocadamente. Que era bien, y que debía darme una medalla... Y... mírala. Él mismo me la ha traído. ¡Yo le quiero más!... (Abrazándole.)

FELIPE. -¡Vaya! Lo celebro. Hace un instante no se podían ver, y merced a la concesión de la medalla están ahora a partir un piñón... ¡Qué poco fundamento tienen los chicos!

LEÓN. -La edad...

CONDE. -Ya devendrán hombres, y entonces...

GUADALUPE. -(Harán lo mismo.)

RAMONCITO. -¡Qué contento estoy!

FELIPE. -La cosa no es para menos.

ADOLFITO. -Es que... además... (A RAMONCITO.) ¿Lo digo?

RAMONCITO. -¡No!

GUADALUPE. -¿Qué es?

ADOLFITO. -Anda, sí, tonto.

FELIPE. -Dílo.

ADOLFITO. -Que Rosita le ha pasado una carta por la cesta del balcón.

GUADALUPE. -¿A verla?

RAMONCITO. -¿Para qué?

FELIPE. -Dásela a tu madre, hombre. (RAMONCITO le da a su madre una cartita pequeña.)

GUADALUPE. -(Leyendo.) «Mi cerido Ramoncito.»

TODOS. -¡Já! ¡já! ¡já!

GUADALUPE. -(Leyendo.) «Lla no ciero a Adolfito por ce mi papá dice ce es un botarate como su tío.»

TODOS. -¡Hola!

LEÓN. -Pues me gusta la...

GUADALUPE. -(Leyendo.) «Y ce que tú eres más rrico ce él.»

FELIPE. -¡Bien! ¡Sanos consejos!

GUADALUPE. -(Leyendo.) «Te bisto lame dalla. Si tú cieres ce aguamos las paces, agua molas. Tuya de coracon Rosita.»

TODOS. -¡Já! ¡já! ¡já!

FELIPE. -Esa es otra que bien baila.

CONDE. -(Riendo.) ¿Es su amorosa?

FELIPE. -Más libros, más libros, y menos noviajos...

RAMONCITO. -(A ADOLFITO.) ¿Vamos a jugar?

ADOLFITO. -¡Vamos! (Se van haciendo diabluras.)

CONDE. -(A GONZÁLEZ.) Señor de Gonsáles ¿Quitaremos ya estos señores?...

GONZÁLEZ. -Cuando usted guste.

CONDE. -(Despidiéndose.) ¡Guadalupe!...

GUADALUPE. -Adiós, Mr. Lambert.

GONZÁLEZ. -(Saludándola.) ¡Señora!

CONDE. -¡Don Filipe! (Dándole la mano.)

GUADALUPE. -(A GONZÁLEZ.) Beso a usted la mano.

GONZÁLEZ. -¡Señor de Carvajal!... (Hace una inclinación de cabeza para saludarle, y de pronto, como recordando algo, saca un pliego del bolsillo y se lo entrega.) ¡Ah! dispéñseme usted... olvidaba... Tome usted.

FELIPE. -(Tomándolo.) ¿Qué es esto?

GONZÁLEZ. -(Aparte a FELIPE.) No quiero yo que en vísperas de un duelo pueda usted suponer que voy al combate con mezquinas ideas de venganza... (Se retira y habla en voz baja con LEÓN y el CONDE.)

GUADALUPE. -(Aparte a su marido.) ¿Qué pliego es ese?

FELIPE. -(Abriéndole.) ¡Oh! (Aparte a su mujer en el colmo de la alegría.) La credencial de comendador de número de Carlos Tercero.

GUADALUPE. -(Aparte a FELIPE.) ¿De veras?

LEÓN. (A GONZÁLEZ, con gran interés.) ¡Hombre! es preciso que eso concluya.

CONDE. -(Lo mismo.) Sí; metiendo un poco de buena voluntad.

FELIPE. -(Aparte a su mujer.) ¡Vamos! Fuera de todo, no se puede negar que González es un cumplido

GUADALUPE. -(A su marido.) Eso sí.

FELIPE. -(A GUADALUPE.) ¡Ya ves que atención tan delicada!...

GUADALUPE. -(A FELIPE.) Mucho...

FELIPE. -(Llamando aparte a GONZÁLEZ.) Señor de González, las circunstancias en que nos hallamos, me obligan a rehusar su oferta, a menos que usted, dada la paridad de nuestras respectivas posiciones, no acepte la... concesión de aquellas luces... con cuyo peso no quisiera presentarme en la palestra.

LEÓN. -(Aparte a FELIPE.) No es esta ocasión de andar con susceptibilidades. Acepto.

CONDE. -(A González.) ¿Partimos?

GONZÁLEZ. -Sí.

CONDE. -(A TODOS.) ¡Ea, adiós!

LEÓN. -(Al CONDE.) Arreglémoslo al menos a primera...

GONZÁLEZ. -(Medio tendiéndole la mano a FELIPE.) ¡Ah! mil gracias, Carvajal...

FELIPE. -Lo misino digo... que no quita lo cortés a lo... (Tomándole la mano.)

CONDE. -(Aparte a los dos con gran interés, viéndolos con las manos cogidas.)
¡Vamos! Ya han cogido ustedes sus manos... ¡Qué caramba!

LEÓN. -(Redoblando en eficacia.) Aquí debe concluirse todo...

CONDE. -(Ídem.) ¡Abrásense ustedes!

LEÓN. -(Lo mismo.) ¡Es un momento! ¡Es un arranque!...

CONDE. -(Ídem.) ¡Todo estando de amigos!...

LEÓN. -Los dos son ustedes hidalgos... (FELIPE y GONZÁLEZ, que titubeaban mirándose con cara de compasión, concluyen por estrecharse entre los brazos a excitación de los otros.)

FELIPE. -¡González! (Simultáneamente)

GONZÁLEZ. -¡Felipe!

CONDE. -¡Ay! ¡Gracias a Dios!

LEÓN. (¡No nos ha costado poco!)

CONDE. -(Felicitando a GONZÁLEZ.) ¡Vamos! Que los tenga usted muy felises.

GONZÁLEZ. -Gracias.

LEÓN. -(A FELIPE.) ¡Sea enhorabuena! (LEÓN, GONZÁLEZ y el CONDE hablan aparte.)

GUADALUPE. -(A su marido, oyendo la felicitación de LEÓN.) ¿De qué?

FELIPE. -(Fuera de sí de gozo.) De que ya no nos batimos.

GUADALUPE. -(Lo mismo.) ¡Ay! ¡Qué alegría! (A su marido.) Ahora sí que iré a gusto al concierto del viernes.

FELIPE. -(A GUADALUPE.) ¡Hola! ¿Pues y el divorcio?

GUADALUPE. -(Imitando la lectura de la carta de ROSITA.) «Si tú cieres ce aguamos las paces...»

FELIPE. -¡Ah! ¡Lo comprendo! (Imitando a su vez la carta, y mostrando la credencial.)
«Te visto lame dalla!...»

GUADALUPE. -¡Qué quieres, hijo: no somos más que unos NIÑOS GRANDES!

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo